



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcón, Arce. Sra. Avellaneda. Sres. Asquerino, Anón (Marques de), Alvarez (N. de los Santos), Arico, Ayala, Alonso (F. B.), Arquistain, Ancherent, Alvarado, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcón, Arrieta, Balaguer, Baralt, Barzantiana (Marques de) Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Briton de los Rios, Buitrago, Busto, Burell, Buitrago, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camús, Canalejas, Cabete, Carloza, Castelar, Castro y Blanco, Canovas del Castillo, Castro y Serrano, Clavero (D. Mariano), Cidre y Martín, Cazarre, Carvino, Chacón, Checa, Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comanga, Caninaque, Cobo, Duarrete, Diaz, José María, Diaz Pérez, Durán, Duque de Rivas, Echevarria, (J. A.), Espin y Guillen, Estrada, Echegaray, Eguitiz, Escourra, Estrella, Eulate, Fabie, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Ferrnán Toró Flores, Figueroa-Figueroa (Augusto Suarez de), Garcia Gutierrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galvez de Molina (D. Javier), Graells, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güel y Rente, Guellbenzu, Guerrero, Incenga, Jarcenbuseh, Iriarte, Janser, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallata, Lopez Guizarro, Lorenzina, Lorente, Lafuente, Macanaz, Machado y Alvarez, Martín, Mata (D. F. B.), Mañé y Flaquer, Medina (D. Tristán), Merelo, Montesinos, Molins (Marques de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olacarra, Olavarria y Huarte, Orgaz, Ortiz de Pineiro, Olózaga, Pompilio Gener, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín) Perez Gallós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poye Reinoso, Retes, Recilla, Rios Rosas, Rivera, Riveco, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa y Gonzalez, Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarmingoa, Sanz Perez, Sanz, Salvador, de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Serrano Alcázar, Selles, Tamayo, Trueta, Tubino, Talero, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de), Cambraín y España (D. Eugenio), Acosta (D. Juan).

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales

Madrid 13 de Diciembre de 1884

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Giro Mútuo, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administracion y redaccion, Salesas, 2, duplicado.

SUMARIO

Revista política, por Carlos Malagarriga.—La cuestion religiosa en la República Argentina, por Héctor F. Varela.—El movimiento religioso en Europa y América, por Nicolás Díaz y Pérez.—Discurso de D. Segismundo Moret y Prendergast.—Ni el Carbon ni la Esclavitud, por E. B.—La Union hispano-americana (continuacion), por Ramon de Sanjuan.—Cristóbal Morales, por Carlos Guaza.—Los volcanes, por Eduardo Benoit.—Ficciones y realidades, por José C. Cruz.—La cuerda de cívismo (continuacion), por Francisco Martín Arrué.—Las mentiras convencionales de la civilizacion por.—Baladas americanas, por Luis Ricardo Fors.—Revista de Madrid, por L. Giner Arivau.—Anuncios.

REVISTA POLITICA

Entró la cuestion universitaria en un periodo de calma. Los profesores, fuertes en su derecho, tratan de agotar todas las vías legales, y en vista de que el ministro de Fomento no ha dado contestacion alguna á su última peticion, se han querrellado ante el Supremo contra el gobernador de la provincia y sus agentes por los atropellos en la Universidad cometidos.

Aunque los amantes sinceros del orden y del sistema representativo, nos holgáramos mucho de que una sentencia condenatoria de aquel alto Tribunal colocara á este por encima de las contiendas diarias de la politica, no está tan adelantada la educacion publica en esta España, que quepa esperar el fin del conflicto de una decision judicial.

Antes por el contrario, todo induce á creer que la cuestion habrá de ser resuelta por las Cortes, y, aunque el voto de las mayorías será desde luego para el gobierno, la discusion á que dará lugar ha de tener gran influencia, no sólo en la opinion pública, si que tambien en las decisiones que pueda adoptar la régia prerogativa.

Porque con las aproximaciones en estos últimos dias realizadas, cabe ya suponer que el partido conservador tendrá que sufrir en el

Parlamento la mayor de las arremetidas. Argumentos no faltan ni han faltado, pero dudaba la pública opinion de la forma y direccion en que serian expuestos; pero los últimos actos y declaraciones, no dejan lugar á dudas.

D. Cristino Martos fué visitado en su casa por el jefe del partido liberal D. Práxedes Mateo Sagasta, y pudo decir á éste lo alejado que está de la Izquierda y los propósitos que alienta de auxiliar al partido liberal, convencido primero de que la continuacion de los conservadores es una gran desdicha, y seguro luego de que la democracia puede plantear gran parte de su programa con un acuerdo generoso entre sus fuerzas más importantes y el único partido liberal organizado dentro de la legalidad.

D. Segismundo Moret, por otra parte, en un meeting numeroso afirma terminantemente que el concurso suyo y de sus amigos no ha de faltar al partido que dirige el Sr. Sagasta, y las corrientes de conciliacion que en el meeting se revelan, acusan tal fuerza, que al dia siguiente todos los periódicos, no ministeriales, declaran que es ya un hecho la formacion del gran partido liberal.

Los conservadores, que siempre han justificado su estancia en el poder por la division de los liberales, han acudido para defenderse á un terreno peligroso.

Empezaron anunciando que la entrada en el partido liberal de fuerzas democráticas coincidía con desprendimientos de otras fuerzas más templadas, pero los Sras. Alonso Martinez y marqués de la Vega de Armijo, declararon en la prensa su completa conformidad con su jefe reconocido el Sr. Sagasta.

Entonces los conservadores volvieron á su antiguo sistema de atribuir importancia á la Izquierda, pero esta agrupacion ha sufrido tales mermas, que ni la sombra de Asamblea con los banquetes que le siguieron, ni las recomendaciones de los órganos del Sr. Cánovas, han

logrado darle la fuerza que de ningun modo ya volverá á recobrar.

Se han remitido al Reichstag los documentos publicados por el gobierno sobre las negociaciones diplomáticas á proposito del Africa occidental. Estos documentos, que ascienden á 54, hacen pública la accion diplomática de Bismarck frente á frente de Inglaterra, y muestran la conducta resuelta y consciente de Alemania, así como los movimientos de retractacion correspondientes á Inglaterra.

Hé aqui lo que arrojan los documentos:

En Noviembre de 1882, Luderitz fundó su factoria en Angra Pequeña, en la costa Sudeste de Africa. El gobierno alemán preguntó al de Inglaterra si esta nacion podia proteger esta factoria, y en Febrero de 1883 contestó negativamente lord Granville. Entonces preguntó Bismarck si la Gran Bretaña tenia pretensiones sobre la factoria, y lord Granville, en 21 de Noviembre de 1883, contestó lo siguiente:

«Aunque la soberania de Inglaterra no ha sido declarada en toda la costa, sino en la bahía de Waifisch y en las islas que están frente á Angra Pequeña, Inglaterra considera como atentatoria á sus derechos legítimos, toda pretension de cualquier potencia extranjera sobre el territorio entre los límites Sud de las posesiones portuguesas y la colonia del Cabo. Por lo demás, Alemania envía su vapor «Nautilus» á Angra Pequeña.

Segun comunicacion dirigida el 24 de Abril al consúl alemán en Capetown, los establecimientos de la casa Luderitz, son puestos bajo la proteccion de Alemania. El conde Münster, embajador en Londres, se encargó de comunicar esta decision á lord Granville.

El 21 de Mayo recibió el despacho siguiente el conde Münster: «Se ruega al embajador que nos informe de la respuesta que ha dado lord Granville á la comunicacion que debió re-

cibir, después del telegrama de 24 de Abril.— Conde Hatzfeldt.»

Se excusa Inglaterra, diciendo que había de pedir nuevos informes en la colonia del Cabo.

Hizo contestar el canciller que trataba con el gobierno inglés, no con la colonia del Cabo.

El 3 de Junio de 1883, el cónsul alemán en Capetown telegrafía que la colonia del Cabo está dispuesta a tomar posesión de las costas hasta la bahía de Wallfisch, Angra Pequeña inclusive.

Así y todo, el príncipe de Bismarck hizo decir á Londres que no estaba dispuesto á reconocer esa toma de posesión por no estimarla fundada en derecho.

La tercera parte del *Libro azul* se titula: *Los intereses alemanes en el Océano Pacífico.*

Contiene diez documentos y abraza el período comprendido entre el 10 de Diciembre de 1883 y el 8 de Setiembre de 1884.

El primer documento es un informe del cónsul alemán en Appia, sobre la Sociedad alemana de comercio y plantación del Océano Pacífico y sobre la concurrencia extranjera que se hace á dicha Sociedad en aquellas regiones; después la indicación de las posesiones y de las estaciones de la misma Sociedad y de las de la casa Hensheim y Compañía. Sigue otro informe del cónsul de Appia, que se ocupa de las obras de Samoa, y una Memoria del mismo tratando de los intereses alemanes y extranjeros en el Archipiélago de la Nueva Bretaña. De fecha 29 de Diciembre de 1884 hay un decreto dirigido al cónsul de Appia, sobre la necesidad de establecer en el Archipiélago de la Nueva Bretaña una representación consular fija. De fecha 2 de Setiembre de 1884, hay un informe del mismo sobre las relaciones comerciales y políticas en las Carolinas y otras islas, y sobre la necesidad de que esté allí representada Alemania y de que envíen á dichos puntos con frecuencia buques de guerra.

Hay un informe del mismo cónsul, de 12 de Setiembre de 1884, consagrado á la intervención de un navio inglés contra una casa alemana, y otro del 8 del mismo mes, que insiste en la necesidad de instituir una representación consular en las islas Tanga.

Ewald, consejero municipal de Berlín, conocido por sus opiniones socialistas, ha recibido orden de abandonar la ciudad inmediatamente.

Esta rigurosa medida débese á la provocativa actitud observada por Ewald en una reunión electoral de la sexta circunscripción de Berlín, donde levantó su bastón contra un agente de policía.

La Conferencia sobre el Congo sigue sus sesiones, terminadas las cuales le dedicaremos un artículo.

CÁRLOS MALAGARRIGA.

LA CUESTION RELIGIOSA

EN LA REPUBLICA ARGENTINA

Se han ocupado algunos diarios de los incidentes que han tenido lugar en mi país, con motivo de la actitud provocativa en él asumida por el representante de la Santa Sede, monseñor Mattera, y de la resolución extrema que ha debido tomar el gobierno argentino, mandándole sus pasaportes.

Justo es, entonces, que la prensa y los hombres públicos de este noble país, conozcan el origen del conflicto, las arrogancias y provocaciones de monseñor Mattera, y las sólidas razones que ha tenido el gobierno del general Roca para proceder como lo ha hecho.

Voy, pues,—contando con la generosa hospitalidad que LA AMÉRICA dispensa á mis pobres trabajos— á copiar la comunicación en que el ministro de Relaciones exteriores de mi patria da cuenta al Cuerpo diplomático argentino en el extranjero, de los sucesos ocurridos y fundamento de sus proceder.

Es un documento tan digno, como serio y elevado, en el que, con toda la tranquilidad del que se siente fuerte en su derecho, se pone de relieve la conducta insolente de un agente diplomático, que no por serlo del Papa, estaba menos obligado á guardar los respetos debidos

á las leyes del país en que residía, y que pretendió desconocer con inusitada audacia.

Ya lo juzgarán los lectores al leer la comunicación del ministro argentino, Sr. Ortiz, que dice así:

«Sr. Ministro: Por los documentos adjuntos se impondrá V. E. de los motivos que han determinado al Gobierno de la República á adoptar la resolución de expedir en esta fecha sus pasaportes al delegado apostólico y enviado extraordinario de la Santa Sede, Mons. Luis Mattera.

El estilo agresivo y violento de los documentos emanados de la Legación pontificia, las aseveraciones inusitadas que contienen y el lamentable olvido de las conveniencias y prácticas diplomáticas, tanto más notable en un eclesiástico de elevada jerarquía, sorprenderá indudablemente á V. E. como han sorprendido al gobierno y al país; y para darse cuenta exacta de los hechos, es necesario referirse á causas anteriores de un orden superior, que hayan podido inducir al Delegado apostólico á producir actos tan extraordinarios.

La República Argentina, cuyos elementos de prosperidad sólo necesitan para desarrollarse ampliamente, al amparo de sus leyes protectoras y liberales del goce inapreciable de la paz interior y exterior de que disfruta, ha emprendido la reforma y perfeccionamiento de sus leyes administrativas, dando, como es natural, una importancia decisiva al mejoramiento y difusión de la educación pública, base primordial de prosperidad y bienestar en las naciones modernas.

Entre estas leyes figura la de la enseñanza laica que, despojando á las escuelas costeadas por el Tesoro público del espíritu estrecho de secta, permite, sin embargo, á los ministros de diversos cultos, la enseñanza de sus doctrinas en días determinados y en el local mismo de las escuelas á los alumnos de su respectiva comunión.

La discusión de este proyecto, nacido en una de las Cámaras del Congreso nacional, y de su definitiva sanción contra la opinión manifestada en conferencias confidenciales, aceptadas por deferencia al delegado apostólico Mon. Mattera; sus pretensiones de igual modo manifestadas para impedir la venida al país de las maestras normales contratadas por el Poder Ejecutivo en Estados Unidos para la dirección de esos establecimientos de enseñanza; y, por fin, el convencimiento adquirido de que el gobierno estaba dispuesto á adoptar todas aquellas medidas tendientes á levantar la educación pública al nivel que tiene en los países más civilizados, son indudablemente las causas remotas que han ido preparando en el ánimo del Sr. Delegado apostólico la explosión de una mala voluntad contra el gobierno, reprimida, sin embargo, hasta el 12 del corriente, bajo las formas respetuosas y cultas que habían caracterizado hasta entonces las relaciones oficiales y personales mantenidas por el Sr. Mattera con los miembros del Poder Ejecutivo.

Coincidió con la presencia del Sr. Delegado apostólico en esta capital el comienzo de una época de agitaciones producidas por la intolerancia religiosa y traducidas en manifestaciones de clubs religiosos, en los que figuraban siempre algunos miembros importantes del clero; en sermones intemperantes en los templos; en la fundación de diarios con iguales objetos, y en la emisión de pastorales de Vicarios y Obispos, destinadas á introducir la perturbación en el mantenimiento y dirección de las escuelas públicas, fundadas hacia algunos años y que funcionaban con aplauso público y aun con el de los mismos que hoy las condenan.

Esta coincidencia empezó á despertar en la opinión pública el convencimiento de que el Sr. Delegado apostólico no era extraño á esos actos de retroceso que ninguna razón amparaba, no obstante que su prudente reserva no daba ocasión al gobierno para dar formal crédito á esas deducciones.

La prensa diaria emitió sus juicios desfavorables y aun irrespetuosos respecto al Sr. Mattera, sin que el gobierno pudiera intervenir ni evitar esas publicaciones en un país donde la libertad de imprenta es un dogma consagrado por la ley fundamental y un derecho inapreciable arraigado en las costumbres públicas.

En estas circunstancias, el Sr. Delegado apostólico se trasladó á la ciudad de Córdoba, y fué allí que un grupo de señoras, entre las que se hallaba la directora de la Escuela Normal, se presentó en su casa particular solicitando una entrevista.

El Sr. Mattera recibió la diputación, cuyo objeto era pedirle que hiciera levantar el anatema lanzado por el ex-Vicario Clara contra la Escuela Normal, contestando que accedería á esa solicitud á condición de que el Ministro de Instrucción Pública declarase en un documento oficial: 1.º que la intención del gobierno no era propagar la religión protestante; 2.º que permitiera la enseñanza del catecismo católico en la Escuela Normal, y 3.º que se permitiera al Obispo visitar la escuela cuando lo juzgara conveniente, para convencerse de que se cumplía la segunda condición.

Al tener conocimiento este misterio de ese acto impropio de un ministro extranjero, que acusaba una intromisión indevida en asuntos de carácter interno, regidos por las leyes del Congreso y por medidas administrativas del Poder Ejecutivo; que significaba, además una suposición ofensiva, como la de atribuirle el propósito de propagar una religión extraña, y que envolvía, finalmente, incitaciones irrespetuosas y vejatorias, creyó de su deber imprescindible pedir la explicación de ese acto, como lo hizo en nota de fecha 30 de Setiembre, en términos comedidos, dando lugar así á una aclaración que restableciese la respectivas posiciones bajo el pié de la cor-

dialidad hasta entonces no alterada por ningún hecho ostensible de parte del Sr. Mattera.

Su contestación fué la nota del 12 de Octubre, cuyos insólitos términos obligaron á este Ministerio á devolvérsela, pues no era aceptable una nota en la que se atribuía al gobierno la inspiración de artículos de un diario, concebidos, según él, en estilo vulgar y conteniendo innobles injurias contra su persona, lo que equivalía á decir que el gobierno era capaz de tales producciones, y terminándola con un *ultimatum* ó aplazamiento irrespetuoso é inusitado.

La devolución de ese documento singular era el más moderado expediente que el decoro marcaba en semejante caso; y fué lo que se hizo, esperando todavía de la prudencia del delegado apostólico un paso reflexivo y conciliador.

En vez de esto, un nuevo acto, sin precedentes en la historia diplomática, vino á demostrar evidentemente el propósito deliberado de producir un rompimiento absoluto. El Delegado apostólico; sin contestar las notas del Ministerio que se habían mantenido reservadas, hace publicar al día siguiente una carta privada que con esa misma fecha se había permitido dirigir al Excmo. Sr. Presidente de la República, conteniendo ofensas tan extraordinarias y calumniosas contra el primer magistrado de la nación y algunos de sus Ministros, que no era dable suspender por un día más el envío de sus pasaportes.

Enviados estos, el Sr. Delegado apostólico dirigió á este Ministerio un nuevo oficio, que le fué devuelto cerrado, y cuyo contenido, dado á la prensa al día siguiente por el señor Mattera, era una protesta, no solamente contra el acto de su expulsión, sino contra todas las doctrinas emitidas y todas las medidas recientemente adoptadas en perjuicio de la libertad y de los derechos propios de la iglesia católica y contra todas aquellas que se amenazan á optar en lo porvenir.

Este último documento, lanzado al público bajo la firma del Sr. Mattera, enviado de la Santa Sede, reagrava la irregular conducta del Delegado apostólico y revela una vez más en él interés singular é inexplicable de crear obstáculos á las relaciones de la Santa Sede con la República.

En efecto, el Sr. Mattera, que ha presenciado la emisión de todas las doctrinas y la adopción de todas las medidas recientes (en lo que indudablemente se refiere á las discusiones parlamentarias y á las leyes del Congreso) sin reclamar oficial y oportunamente de ellas, si se creía con derecho, no ha podido tener á última hora instrucciones de la Santa Sede, cuyo nombre invoca, para lanzar una protesta así concebida; instrucciones que importarian el desconocimiento de la Soberanía nacional y harían imposible por otra parte, el ejercicio de una misión revestida de propósitos de esa naturaleza.

No es dable suponer que en el ánimo paternal del Sumo Pontífice encuentre justificación la conducta observada por Mons. Mattera en la República, que ha presenciado por primera vez el espectáculo de un ministro diplomático ofendiendo en notas y cartas privadas, que él mismo hace publicar, al primer magistrado de la nación y á sus ministros y lanzando después protestas universales contra las leyes del país presentes y futuras.

El gobierno tiene la creencia de que este incidente no ha de interrumpir las buenas relaciones existentes con la Santa Sede, que es de reciproca conveniencia para la Iglesia y el Estado mantener con sincera cordialidad.

Por la exposición que precede quedará V. E. habilitado para apreciar el hecho que la motiva en sus antecedentes y alcance, y en actitud de dar conocimiento de ella á ese gobierno.

Aprovecho esta ocasión para renovar á V. E. las seguridades de mi consideración distinguida.

FRANCISCO J. ORTIZ

Tal es el notable documento en que el ministro de Relaciones exteriores de mi patria explica, franca y noblemente, las razones que ha tenido para mandar sus pasaportes á monseñor Mattera; documento que ha tenido la fortuna de ser elogiado, en Buenos-Aires, hasta por los diarios que hacen al gobierno una ruda y constante oposición.

Leyéndolo, no habrá un solo hombre honrado que no participe de los mismos sentimientos.

HÉCTOR F. VARELA.

EL MOVIMIENTO RELIGIOSO

EN EUROPA Y AMÉRICA

CAPÍTULO VI

Política general.—El rey de Baviera y el Mikado japonés en las cuestiones religiosas.—Política de Antonelli y amigos del Papado.—Aptitud de Pio IV contra la libertad.—Efectos contrarios á su política.

I

En este grandioso movimiento de la revolución europea, hay momentos solemnes y coincidencias extrañas. Estos 300 millones de hombres que viven apiñados en el rasgado recinto de esta

parte del mundo caduco, constituyen una especie de Océano del pensamiento, constantemente agitado por el fuego subterráneo de la revolución. Y á semejanza del Océano de agua salada, cambia este Océano á cada instante de aspecto, y se forman á veces gigantescas olas que vienen de Norte á Sur ó van de Sur á Norte, según el impulso de un viento desconocido que los partidarios de la Providencia creen que sale de los pulmones de Dios; y otras veces se abren las ondas y presentan abismos sin fondo al pensador aterrado ó se cierran en la calma, mientras que la corriente oceánica, rápida, invisible, implacable, va conduciendo las aguas á los senos anchurosos de la naturaleza, haciéndolas antes que se saluden con amor á través de los estrechos.

Parece que nada debía ocurrir en Europa en estos momentos: que Inglaterra, dueña del istmo de Suez, debía descansar confiada en sus grandiosos balances comerciales; que la Escandinavia, entusiasmada por el éxito brillante de su pacífica lucha contra el hielo, debía continuar ensimismada; que Alemania, victoriosa y grande, debía limitarse á ser reformadora, que Rusia dueña del Asia, debía sólo pensar en escalar el Himalaya; que Austria debía limitarse á concluir la liquidación de los Hapsburgos; que Francia, desangrada, debía dedicarse á cuidar de sus heridas; mientras que Italia, ya una, soldaba sus miembros recompuestos. La guerra franco-prusiana debía haber descargado la atmósfera, y hoy Europa debía gozar tranquila las delicias de la bonanza.

Pues bien, no sucede esto: en todas partes se notan los síntomas preliminares de una de esas tempestades tremendas que parecen signos precursores de un día apocalíptico. No es posible decir todavía si habrá ó no guerra, ni cómo se llamará, ni cual será su objeto, ni su resultado, porque los elementos se están poco á poco reuniendo y aún tiene un carácter vago é indeterminado. Pero es indudable que existen nubes en el horizonte que inspiran inquietud seria á los más expertos navegantes. Analicemos un poco los elementos de que se componen.

El primero es el carácter francés, ó mejor dicho, la preocupación de la gloria militar que forma la base de este carácter. Ese desgraciado pueblo tiene la triste manía de ser valiente, el vicio infame de emborracharse con sangre. Después de la terrible guerra contra la Alemania, parecía que debía haber escarmentado; teniendo la gloria de albergar en su cerebro la más pura fórmula de la democracia, había motivos para creer que se vengaría de la Alemania haciendo triunfar la República en todo el país latino, y fundiendo en el calor de las ideas reformistas las cadenas de hierro que oprimen á la Alsacia y la Lorena, y el trono mismo del rey de Prusia. Por su desgracia no lo ha entendido así, ni siquiera se ha resignado, sino que soñando en venganzas mezquinas, desconociendo la fuerza de la mano que le hiriera, se ha figurado que su desgracia anterior fué debida á no tener bastantes soldados y bastantes cañones y bastantes aliados. Y ha dedicado todo su génio y toda su fuerza productiva á elaborar estos tres elementos de destrucción. Cuando se figure que tiene un soldado más que Prusia, cuando pueda contar con algún aliado poderoso, volverá á declarar la guerra de la revancha en que morirá otro millon de hombres, sin otro objeto que acreditar la extraordinaria bravura del ejército francés.

Y no repara en los medios de llegar á este resultado: ha sido necesario imponer á su riqueza terribles impuestos que le aniquilaran en un plazo breve, y se los ha impuesto: ha sido necesario apelar á los más groseros sentimientos de fanatismo para conmover á la población de los campos, y ha apelado á ellos; ha sido necesario sacrificar la República para conciliar todas las pobredumbres que ha creado el jesuitismo, y se ha sacrificado. Hoy el objeto está ya á medias conseguido: Francia ha vuelto á tener almacenados en los cuarteles los dos millones de hombres más robustos y más útiles para el desarrollo de la riqueza.

Y no contenta con esto, y no pudiendo alegar justicia alguna para su causa, Francia ha ido examinando todas las naciones y ha-

ciendo alianza con todos los elementos podridos, con todas las instituciones caducas, con todos los egoísmos y todas las tiranías que ha encontrado en ellas: en Italia, ha saludado al Papa; en Austria, ha pedido su apoyo á los católicos que sueñan aún con la Inquisición en Venecia; en Inglaterra, ha provocado el sentimiento egoísta de la conservación de la India; en España, alienta á los alfonsinos; en Bélgica, quiere establecer una situación de fuerza. Ha soñado el desgraciado pueblo francés en una batalla enorme, cuya línea se extendiera desde Amberes hasta el Cáucaso, en la que se debatieran todas las cuestiones que han conmovido á este Continente en los últimos treinta años, y en la que de un lado él con España, la reacción italiana, Turquía, Inglaterra y Austria, combatiera en contra de Alemania y de Rusia.

Este plan no puede ser más absurdo, pero cuenta sin embargo con la base de millon y medio de soldados sometidos á la ordenanza más rigurosa, y tal vez cuenta también en los momentos actuales con el apoyo de todos los recursos del imperio británico. Mientras no se desbarate ó se consuma, no hay que esperar reposo en las naciones latinas.

En vano los republicanos franceses combaten por la democracia en el seno de la Asamblea de rurales: es más fuerte en Francia el sentimiento de la gloria que el sentimiento de la justicia, y es inútil esperar que los diputados de la extrema izquierda puedan dominarlo. hasta que haya habido un nuevo y terrible desencanto, no hay que esperar que la nación vecina se constituya de una manera definitiva, ni que puedan hacerlo tampoco, las que más ó menos intimamente, están ligadas á ella. Una absolutista católica parlamentaria: cualquier cosa, con tal de vengarse, y será sobre todo perturbadora.

Lo más probable será que se aproveche el momento oportuno de lucha de Bismark contra el jesuitismo, y que el génio del Papado y la Bandera de Lepanto dirijan, por última vez, las batallas. De modo que vamos á encontrarnos los revolucionarios latinos, con las víctimas seculares, de los imperios del Norte y en la obligación de ayudar con nuestras simpatías á los últimos déspotas. Y los cosacos llevarán la bandera de la libertad, y tendremos que esperar del polo el fuego para la nueva vida. ¡Grande y prodigioso misterio de la vida social, grande y poderoso poder de la idea revolucionaria, que convierte en defensores á los enemigos, y va á destruir hasta los sentimientos más arraigados de los pueblos envejecidos!

De cualquier modo, nosotros debemos estar tranquilos: sea el que quiera el resultado de la lucha, la libertad no parecerá nunca. Si triunfara Francia, triunfaríamos nosotros; si triunfara Alemania también. El Papado va á celebrar su última carnicería, y á quedar para siempre en silencio: si triunfara en el Rhin, moriría en París después: si fuera desde luego vencido por el libre exámen, habria concluido igualmente. Y la muerte del Papado es el triunfo de la idea moral.

Para recibir esta nueva la democracia se prepara, aunque Garibaldi no parece muy satisfecho con el nuevo orden de cosas y esto es un mal, por que indica, cuando ménos, que la revolución que amenaza no le satisface. Parece que, habiéndose mostrado algunos de sus antiguos amigos alarmados por la tibieza que afectaba, el solitario de Caprera resolvió darles un banquete en el mausoleo de Augusto. Llegó el momento de los brándis, como es costumbre en tales reuniones, y Garibaldi no quiso desaprovechar la ocasión que se le ofrecía de desmentir las últimas promesas pacíficas hechas al rey Victor Manuel. Habló, pues, como cumple á su verdadero carácter, y entre otras cosas dijo:

«El primer deber del pueblo es ocuparse en política. No creais que yo no soy revolucionario ya. Lo soy tanto como en 1848... Permítidme decir dos palabras acerca de la cuestión religiosa.

«Ya es tiempo que á la religion de la superstición, suceda la religion de la fé. En otro tiempo, en Roma los sacerdotes ofrecían sacrificios á Júpiter y á Venus, y aquellos fal-

«sos sacerdotes pasaron; ahora les toca desfilar á los que tenemos.»

¡Magnífico concepto de lo que se prepara!

II.

¿Se realizarán todos estos vaticinios?

Decíamos en nuestro capítulo anterior que tan pernicioso era para las conciencias la intolerancia de los católicos-papistas (1) como el fanatismo de los protestantes alemanes, que ya ha comenzado á dar sus frutos con la salida del ministerio bávaro y la formación de un gabinete formado por los jefes del partido infaliblista.

Yá desde muy antiguo se venia anunciando en la católica carta del rey de Baviera, la mala impresión que habia causado la visita del príncipe imperial, como jefe de los cuerpos del Sud de Alemania, visita que habia puesto de manifiesto la nulidad reducido el monarca en Baviera, á quien se atribuía la rotunda negativa á asistir á la entrevista de los tres emperadores en Berlin.

Más ó ménos pronto habian de sobrevenir estas pequeñas contrariedades para la política de Bismark. Hay demasiada violencia en que un gobierno protestante imponga una conducta anti-católica á países católicos; la hay también en privar á monarcas de Estados tan grandes como la Baviera, de sus naturales atribuciones en lo militar y en lo diplomático; la hay en que los países vencidos por las armas de la Prusia en 1865, se manifestasen desde 1870 tan entusiastas de la fortuna política de Bismark.

La nueva actitud de la Baviera puede influir en los resultados inmediatos de la entrevista de los tres emperadores; y, sobre todo, en el desarrollo de acontecimientos futuros del Papado, si, como se dice, Pio IX abandona á Roma y lleva la silla, llamada de San Pedro, á otro país que no sea el mandado por Victor Manuel.

Contrasta esta conducta del rey de Baviera, con la que sigue el Mikado del Japon, que es, como antes lo era Pio IX, Papa y rey. El Mikado japonés declara que no reconoce el poder del Papa de Roma, y á propósito de esto, ha publicado un decreto para los clérigos asiáticos, que si se lo pudiera hacer bueno á los de por aquí, nos parece que quedaba el infalible más pobre y desautorizado que el mismo Napoleon I, después de la batalla de Sedan.

El tal Mikado decreta lo siguiente:

- 1.º Que los curas puedan comer todo cuanto les guste;
- 2.º Que puedan casarse con quien quieran; y
- 3.º Que se vistan como mejor les convenga.

(1) Para dar una pálida idea de los desastrosos efectos de la intolerancia religiosa, copiamos á continuación una carta de los judíos de España á los de Constantinopla, encontrada en el archivo de Barcelona, cuya lectura recomendamos á nuestros lectores.

Dice así:

«Judios honrados, Salud y Gracia: Sepades que el Rey de España por pregon público nos ha hecho volver Christianos, nos quitó las haciendas, nos destruye nuestras Sinagogas, y nos hace otras vexaciones, las cuales nos traen confusos e inciertos de lo que habemos de hacer por la Ley de Moyses: nos rogamos y suplicamos tengais por bien de hacer Ayuntamiento y embiarnos con toda brevedad la deliveracion que se debe hacer. Dios os guarde. Chamero: Principe de los Judios de España.

Respuesta.

«Amados nuestros en Moyses, vuestra carta recibimos por la cual nos significais los trabajos infortunios que padeceis, de los cuales en el sentimiento nos á cavido tanta parte como á vosotros: el parecer de estos grandes Sátrapas y raves de la Ley de Moyses es el siguiente: A lo que decís que os hace volver Christianos, lo hareis, pues, no podeis hacer otra cosa. A lo que decís que os quitan las haciendas, hareis á vuestros hijos mercaderes que usurpen las suyas. A lo que decís que os quitan las vidas, haced á vuestros hijos médicos y boticarios y que les quiten las suyas. A lo que decís que destruyen vuestras Sinagogas, hareis á vuestros hijos Friles y Clérigos para que destruyan sus templos. A lo que decís que os hacen otras vexaciones, procurareis que estén vuestros hijos en casas de Reyes y Señores, para que, alcanzando en ellas oficios, subpediten y puedan vengaros de todos los Christianos; y no los salgais de esta orden, porque la esperiencia vereis que abisados vendreis á ser servidos y mandareis los Reinos. Dios os guarde. Philippo Principe de Constantinopla.

Es copia conforme.»

Además de esto, el Papa japonés ha abierto al público una biblioteca de más de 100.000 volúmenes; ha centuplicado el número de las escuelas en el reino, y prepara grandes reformas en la enseñanza para llevar la instrucción á todos los pueblos menos importantes.

III

Hasta la teocracia más terrorífica del Asia se liberaliza y vivifica ante el movimiento regenerador de la civilización moderna. Solo el viejo francmason del Vaticano, tapa sus ojos con la sotana de los jesuitas para no ver la luz, y repite con la monotonía de un monomaniaco su infalible *Non possumus* que tanto ha ridiculizado, entre sus amigos, el cardenal Antonelli, que como es sabido, representa en el Vaticano la política más contemporizadora.

Los periódicos más autorizados de Italia y Alemania dicen que el cardenal Antonelli, viendo un día y otro la situación crítica en que se encuentra el catolicismo, á consecuencia de la hostilidad que halla en todas partes la doctrina vertida por Pío IX ya en *Syllabus* ó en encíclicas, aconseja á éste la transigencia con los gobiernos de Europa. Antonelli sabe los perjuicios que ha ocasionado á la Iglesia el neocatolicismo, y quiere ver si puede por medio de su influencia, alejar del Vaticano la camarilla que rodea al anciano Papa.

Esto le ha valido al cardenal Antonelli los aplausos de la prensa liberal y el anatema constante de los jesuitas, que ya no caben en ninguna parte, y quieren, no obstante, guarecerse en Inglaterra, la cuna del protestantismo, agitando la opinión entre católicos y protestantes, para que unánimes protesten contra la conducta de los libre-pensadores alemanes. Hace muy poco que se verificaba en Londres el *meeting* convocado por una pastoral de monseñor Manning, con objeto de manifestar la simpatía de los católicos ingleses á los perseguidos alemanes católicos.

La opinión en Inglaterra, al decir de los jesuitas, rechaza la política seguida por el príncipe de Bismark en la cuestión religiosa, combatida á la vez por católicos y protestantes.

Igual movimiento se advierte en Austria, cuyos periódicos papistas juzgan con severidad la conducta conminatoria seguida por Prusia con Francia, Bélgica ó Italia en la cuestión religiosa.

Esos diarios llegan hasta amenazar con una coalición europea, á la Prusia, si esta nación continúa ostentando sus pretensiones de regentar la Europa entera.

En la misma Italia, cuyo gobierno ha hecho en pleno Parlamento manifestaciones conformes á la política de Bismark, los papistas se pronuncian en favor del general Lamármora, es decir, en contra de la Prusia, viéndose en todo esto las grandes intrigas del jesuitismo, que todo lo mina, para ver de vencer á Bismark. Por su parte Lamármora hace causa común con los amigos del Papado, y no deja ocasión propicia para demostrar su resentimiento contra Alemania, pues al volver á Prusia la condecoración del Aguila Roja, que antes le habia concedido, lo ha hecho en términos inspirados por el resentimiento y la venganza. Al entregar la condecoración al prefecto de Florencia, para que éste la enviase á Berlín, hizo extender un acta autorizada por un joyero, de que la alhaja llevaba diamantes legítimos, con objeto de impedir, dijo el general, que M. Bismark le acusase algun día de haber cambiado ó falsificado dichos diamantes.

Este hecho demuestra el carácter de la cuestión entre ambos personajes. Se dice también que, despues de las declaraciones hechas en pleno Parlamento por el Sr. Visconti-Venosta, la polémica ha tomado un carácter enteramente personal entre el príncipe de Bismark y el conde de Usedom por una parte, y el general Lamármora y el Sr. Jacini por otra.

El general, cada vez más ofendido por el proceder de sus adversarios, ha hecho decir al conde de Usedom que se retracte, ó de lo contrario le exigirá una reparación en el llamado terreno del honor.

Por otra parte, para apreciar debidamente la dignidad de los liberales y anti-católicos ita-

lianos, conviene saber que algunos de ellos andan recogiendo firmas para pedir que Lamármora sea llevado á los tribunales, por haber publicado documentos oficiales y de carácter secreto.

Estos sucesos son comentados en todas partes, y los periódicos neo-católicos tratan de sacar gran partido de ellos, apoyándose también en que aparentemente no reina frialdad alguna en las relaciones entre el gabinete de Versalles y el gobierno de Italia. El ministro italiano, señor Nigra, que ha vuelto á Paris, á pesar de lo que los agoreros pretendían, tuvo, al día siguiente de su llegada, una entrevista con el ministro de Negocios extranjeros del gobierno del mariscal Mac Mahon, y le dió las seguridades más terminantes de las disposiciones amistosas de Italia hácia Francia. Desde entonces, ha tenido varias conversaciones con el duque Decazes que presentan el carácter más cortés, y puede decirse el más cordial, entre el mencionado ministro y el representante del rey Víctor Manuel.

Y, sin embargo, no ha hecho misterio el señor Nigra de que en el concepto político, Italia se halla en muy buenas relaciones con Alemania; pero en el concepto religioso, no sucede lo mismo, según las noticias de la *Liberté*, pues «el gabinete de Roma no quiere asociarse abiertamente á las ideas de Mr. de Bismark respecto de la secta de los viejos católicos y del menoscabo inferido al principio de la jerarquía episcopal.» Añade el mismo periódico que la Italia tiene mucho empeño en conservar la presencia del Papado en su territorio, y que la casa de Saboya está de todo punto resuelta á no abandonar la fé de sus padres. Italia no olvida que si Alemania es potencia protestante, Italia es potencia esencialmente católica, por más que los periódicos ultramontanos digan y sostengan lo contrario é invoquen contra ella la ira y el castigo del cielo. El rey Víctor Manuel, el excomulgado por el mismo Pío IX, hoy no es tan herético como pretenden sus enemigos, sino que profesa el mayor respeto al Papa y á las prácticas religiosas; pero como monarca, ha tenido que transigir más de una vez con sus convicciones para conservar la paz del reino, puesta en peligro por las pasiones políticas y el espíritu intransigente de hombres del gobierno sobradamente tenaces ó obcecados, graciosa confesión que no puede disimular mejor las locas ambiciones de Víctor Manuel, por ser rey de Roma, pasando cien veces por el anciano pontífice y convirtiéndole en satélite suyo, adulándole hoy para que se encuentre bien en Roma, dando esplendor á su corte de palaciegos de baja talla y de nobles mesócratas.

A los asertos propalados por los periódicos adversos á toda idea liberal, de que Italia se está preparando, de acuerdo con Alemania, para una acción común contra Francia, en caso de que ésta se empeñase en devolver al Papa la soberanía temporal, ó en tomar su desquite, contesta la *Liberté* con un argumento de mucha fuerza: el presupuesto de la Guerra en Italia sólo asciende á 174 millones de francos, y es inferior, por tanto, en muy cerca de 300 millones al de Francia. Añade en seguida el mismo periódico que, según sus noticias, tomadas de buena fuente, el señor Nigra ha contradicho del modo más terminante, que el gobierno italiano abrigue la menor idea de reivindicar la posesión de Niza y de la Saboya, agregando que las falsas noticias difundidas sobre el particular, no merecen los honores de una refutación. Finalmente, dice la *Liberté*, que el rey Víctor Manuel ha tenido empeño en que su representante estuviese en Francia antes del día de año nuevo, y que ha aprovechado esta ocasión para repetir al duque de Magenta la expresión de las simpatías del rey y de su gobierno.

IV

Pero estas manifestaciones conciliadoras, por parte de Italia y Francia, para con los intereses del Papado, parece como que tienden á despertar más y más la irascibilidad en el ánimo entristado del Pontífice y en su odio á la libertad, y á todo cuanto rodea al siglo presente, manifestado sin ambages en todos sus documentos y alocuciones. Léjos, pues, de seguir Pío IX los consejos de Antonelli emprende un

dia y otro su camino por la senda tortuosa de la reacción, y condena todo lo que no se subordina á su poder.

En el breve que acaba de dirigir á la Federación de Círculos Católicos de Bélgica, es donde más se destaca la ira de Pío IX contra todo lo existente en la Europa moderna. Hé aquí los principales párrafos de este documento, que conviene conocer:

«Mientras que la situación de la Iglesia llega á ser cada día más aflictiva, y aumenta la imprudencia con que se arrastra por los suelos su autoridad, así como la insistencia con que se trabaja para disolver la unidad católica, arrancándonos los hijos que nos pertenecen, vemos al mismo tiempo, queridos hijos, brillar con un resplandor, siempre creciente, vuestra fé, vuestro amor á la religión y vuestra adhesión á esta silla de San Pedro. Con objeto, no sólo de hacer fracasar sus impíos esfuerzos, sino también de unir á los fieles con lazos cada vez más estrechos, poneis á vuestra disposición vuestras luces, vuestras fuerzas y vuestros recursos; pero lo que Nos alabamos más en esa empresa llena de piedad, es ver que vuestra aversión es completa á los principios católicos liberales, que tratáis de borrar de las inteligencias en cuanto es posible.»

No cabe protesta mayor contra el espíritu de la época, y Pío IX al expresarse así hace la historia completa del Papado y las tendencias que siempre han dominado á sus antecesores en el mando de la Iglesia Romana. Pero Pío IX vá aún más allá. Volviéndose contra Víctor Manuel, y contra los que á este rey hoy le respetan, añade á los católicos belgas:

«Aquellos que están imbuidos de estos principios, hacen profesión, es cierto, de amor y respeto á la Iglesia, y parece que consagran á la defensa de ésta sus talentos y sus trabajos; pero se esfuerzan, sin embargo, en pervertir su doctrina y su espíritu, y cada uno de ellos, según la diversidad de sus gustos y de su temperamento, se inclinan á ponerse al servicio del César, ó de los que quieren vindicar sus derechos en favor de una falsa libertad. Piensan que es absolutamente necesario seguir este camino para quitar la causa de las disensiones, para conciliar con el Evangelio el progreso de la sociedad moderna y para restablecer la tranquilidad y el orden; como si la luz pudiera existir con las tinieblas, y como si la verdad dejase de ser verdad porque se la desvíe violentamente de su verdadera significación, y se la despoje de la fijeza inherente á su naturaleza...»

«Sin duda no teneis necesidad de estas advertencias, vosotros los que os adherís con una resolución tan absoluta á todas las decisiones de esta cátedra apostólica á quien habeis visto condenar en diferentes ocasiones los principios liberales; pero el mismo deseo de facilitar vuestros trabajos y de que obtengais frutos más abundantes, nos ha llevado á recordaros un punto tan importante.»

V

Es hasta donde puede llegar la ceguera de Pío IX. (1). Condenando la libertad el clero romano decreta el aislamiento con todos los pueblos del mundo, y con el aislamiento viene siempre la muerte. No le apoyara, no, ni Víctor Manuel, ni Mac-Mahon. Las propuestas que hace el caballero Nigra en pró del Papado son falsas, de todo punto falsísimas, como falsos también son los buenos propósitos que aparecen en Víctor Manuel, por reconocer al rey del Vaticano. El rey excomulgado no puede transigir con el Papa. El hijo de Carlos Alberto, que, gracias á la revolución, ha logrado la unidad de Italia, no puede admitir consorcio con el constante tirano de la patria del Dante, que la há

(1) Mucho se ha vociferado contra las inconsecuencias de Pío IX; pero los que tal han hecho se han equivocado. Pío IX ha sido siempre el mismo.

—Soy como la pécora, dijo un día hablando de su carácter, ó quedo donde estoy ó caigo.

Y no mentía: ha sido siempre el Papa, esto es, la antitesis de la Italia, la rémora del progreso y la negación de toda verdad. El *Syllabus* era su esencia; solo que tratándose de él, es preciso no confundir las tres entidades que componen su persona, á saber: el hombre, el rey y el Papa.

tenido dividida y fraccionada desde principios, casi, del siglo V.

Y si cabe alguna duda de estas palabras recordemos cómo ha tenido lugar la entrada de Víctor Manuel en Roma, y los sucesos que vinieron después (1). Los actos del gobierno italiano, la persecución desplegada por él contra los ultramontanos, la clausura de más de setenta templos, en Roma solamente, es una muestra elocuentísima de la distancia que separa á Pio IX de Víctor Manuel. Y si todo esto no fuese suficiente para autorizar nuestras afirmaciones ahí está *La Gazzeta Ufficiale*, publicando el decreto de la Junta liquidadora de Roma, y por el cual el gobierno del rey se incauta de los siguientes edificios religiosos:

Teatinos de San Andrés del Valle.

Hermanos de la Cruz de San Anastasio y San Vicente de Tréveris.

Filipinos de Santa María en Valli-Cella.

Cistercienses de San Bernardo en las Termas.

Silvestrinos de San Estéban en el Cacco.

Tercera orden de San Francisco, de San Martín del Monte Bufalinos de Santa María en Trevio.

Canonas de Santa Pudenciana.

Agustinas de Santa Lucía, en Celse.

Carmelitas de la Victoria.

Canónigos laseramenses de Santa Inés, extramuros.

Siervos de María en Monteroni.

Monjas del Divino Amor, y otros varios.

Ya se comprende, que este suceso y otros análogos (2) son los que despiertan en el apocado ánimo de Pio IX la ira que descubre en sus últimos Encíclicas y Breves, cómo es una muestra el que dirigió al Círculo de Católicos de Bélgica, al que nos hemos referido anteriormente.

Pero nos apartamos del asunto principal de este libro. Volveremos á reanudarle en el próximo capítulo.

NICOLÁS DÍAZ Y PÉREZ.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. SEGISMUNDO MORET Y PRENDERGAST

Pronunciado en la noche del 16 de Diciembre de 1881 en el *meeting* celebrado en el Teatro de la Alhambra por el Comité democrático-monárquico del distrito del Hospicio de Madrid.

El Sr. MORET: Señores: Ante todo es preciso definir el carácter de esta reunión; hemos llegado á tales tiempos, que los actos no sólo tienen una significación, sino que necesitan tener una prueba, y yo no puedo levantar aquí mi voz para dirigirla á mis amigos en estos momentos tan solemnes sin empezar por afirmar que aquí no hay más que demócrata monárquicos. (Repetidos y entusiastas aplausos.) Es preciso que yo afirme que aun cuando con perfecto derecho hubieran podido venir aquí á aumentar nuestro número, y dar mayor prestigio á esta reunión los que simpatizan con nuestra causa; que aun cuando en todos los partidos políticos y en la vida de los pueblos el derecho de su-

(1) El pueblo romano ha sido siempre entusiasta por la libertad, y ha dado sus simpatías por todos aquellos actos más encaminados á la emancipación y redención de los pueblos. No há mucho que la juventud romana ha enviado á monsieur Thiers, en memoria de la deliberación del territorio, una felicitación acompañada de más de mil firmas y encerrada en un magnífico álbum. Con esta felicitación se acompañaba una medalla de oro, que tiene en el anverso esta inscripción: «La juventud romana á Mr. Thiers.» En el propio anverso se representa á la Francia acogiendo á la Rumania que le ofrece un ramo de flores y la leyenda: «Domna lui Thiers Junimea romana—16 de Setiembre de 1873.» En el lado opuesto figura la tradicional loba al pié del roble, lactando á Rómulo y á Remo con esta inscripción: «Roma Domina Rerum.»

(2) El gobierno de Italia ha negado el *exequatur* al arzobispo de Palermo y á Mons. Luis Mazangoni, obispo de Chioggia. Las relaciones entre la Iglesia y el Estado en Italia son grandemente deplorables.

También es cierto que el tribunal de Chieti ha citado al arzobispo de dicha diócesis para oír declarar «nulo, sin efecto, y como no hecho el nombramiento de arzobispo de Chieti, verificado en su persona por Su Santidad Pio IX.»

Con este motivo el arzobispo de Chieti ha escrito una carta al jefe del ministerio fiscal, dando cuenta del hecho, y aduciendo las razones que dan á conocer hasta qué punto es improcedente y absurda la conducta del expresado tribunal.

marse y de agruparse es el más perfecto de todos los derechos políticos, he rogado á los que pudieran tener simpatía hacia nosotros que no vinieran á este sitio y que me dejaran sólo con mis amigos, para que no se tenga el derecho de decir que aumentamos nuestro número para agigantar nuestras fuerzas, y sin que puedan, con su misma simpatía, mostrar de alguna manera que aquí hay algo más que los comités de Madrid dirigidos por el del Hospicio, que los miembros del Círculo Demócrata-Monárquico; que los obreros, los industriales, los pensadores, los capitalistas, los hombres de la verdadera democracia, los que arrancan de las raíces del pueblo, los que saben engrandecerse y llegar á los más altos puestos. (Muy bien. Repetidos aplausos que interrumpen por algunos momentos al orador.)

Si acaso hubiera aquí alguien que no se comprendiera en este número, yo le ruego que nos deje; porque yo sé que colocándose en la puerta 20 ó 30 individuos de los que aquí me prestan su concurso, iríamos clasificando á todos los que están aquí; que si en las columnas de los periódicos la pasión del partido puede hacer otra cosa, vosotros sois bastante leales para venir dispuestos á dar este testimonio y á darle con vuestra honrada palabra y vuestra presencia. (Aplausos.)

Y ahora, señores, ahora, ventilado este punto, para mí de grande importancia, sobre todo por vosotros los que me honrais y me sostenéis con vuestros alientos, debo decir que no necesito, ni busco, ni quiero, ni aceptaré el apoyo de nadie que no esté completamente conforme conmigo; yo no sé lo que el destino pueda reservar á vuestro nombre: lo que si sé es que lo que sostengais lo ganaré en buena lid, que ningun sofisma podrá acallar en mi alma el remordimiento de haber obtenido con otro concurso lo que un día pueda hacer por mis amigos y compatriotas. (Aplausos repetidos.)

Dicho esto, preciso es, señores, que entre ya de lleno y con palabras sóbrias, leales, lacónicas y concisas en aquello que debo decir esta noche, porque vuestra expectación y vuestro número tienen desde luego explicación fácil y sencilla.

Estos actos, señores, son los más prácticos de la vida de los pueblos, pues con motivo de la reunión de un comité, con motivo de una asociación de ideas ó con motivo de la creación de alguna de las instituciones de la vida pública, es como los hombres se reúnen en asociación para comunicarse sus ideas y para dirigir la opinión pública. Entiendo, señores, que no hay momento más importante que éste, ni uno en el cual vosotros tengais más claro derecho á pedir mi opinión y mi consejo, ni uno en el cual yo me sentiría mas obligado á dároslo, bajo todos los conceptos, en vísperas de reunirse las Cortes, al día siguiente de celebrarse actos por una de las fracciones del partido liberal que ha sembrado dudas, desconfianzas y recelos entre las otras fracciones y provocado un estado de inquietud y desasosiego en el país. Nos hallamos con los conservadores en el poder; no comprendo momento más oportuno para fijar nuestras ideas y trazar las líneas de conducta por la cual debemos guiarnos en lo que resta que hacer en la vida política.

Y para ésto quisiera tener hasta donde me fuera posible, hasta donde mi deseo me lo indica, aquella inspiración que vosotros queréis en esta noche: para esto, señores, no conozco más que un camino, uno solo, y este camino es el de acudir á los principios que nos han guiado: el de examinar la conducta que hemos seguido, y en ver á luz la resplandiente de la conciencia aquello que hemos hecho y aquello que prometimos al país, examinando lo que nos resta por hacer.

Pluguiera á Dios, señores, que todo el mundo, en vez de buscar razones para justificar la conducta del momento, diese por explicación lo que proclamó un día ante el público y cada uno de los actos con los cuales ha cumplido el compromiso que contrajo ante sus conciudadanos.

Pues bien, señores, no voy á dilatar mucho el discurso, aunque tengo demasiado que decir: seguramente vuestra inteligencia ha de suplir una gran parte; por esto, yo os ruego que no precipiteis vuestro juicio, que me sigais con atención en cada una de mis reflexiones, suspendiendo vuestro raciocinio y vuestra decisión, hasta que haya completado cada uno de mis argumentos.

Nosotros, señores, somos la democracia monárquica. La democracia monárquica, oídme bien, hombres del pueblo es la reunión y la suma de dos fuerzas que marchan unidas para llegar á un solo fin: al bien del país y al progreso y á la prosperidad del mayor número. No os mentiré yo, señores, diciéndoos que hay un progreso infinito ó indefinido en pos del cual los pueblos marchan sin tribulaciones ni tropiezos. No; yo os diré que siempre habrá en la vida humana desgracias y desconfianzas, y que lo único que pueden hacer la política y las instituciones es disminuir el número de los que sufren y mejorar la suerte de los que padecen, procurándoles en este valle de lágrimas las menores penalidades y las mayores satisfacciones posibles. (Aplausos prolongados.)

La democracia monárquica es la reunión de dos

grandes ideas: el pueblo y la monarquía. El pueblo que crea y transforma, que cambia constantemente, pero que cambia como las plantas en la naturaleza, y la monarquía, que es lo estable, lo vigoroso, lo firme, en derredor de la cual aquel se consolida y cimenta, siendo la palanca que remueve los obstáculos á fin de que se vaya levantando despues el edificio social en el cual deben vivir todas las clases que, reunidas aquí, constituyen la síntesis de la nacionalidad española.

El medio, el instrumento para hacer estas cosas, son, señores, los partidos, y no los partidos políticos pequeños, fraccionados, sino los grandes partidos, las agrupaciones numerosas, porque estas dos fuerzas democracia y monarquía representan por un lado lo que es masa y energía, el elemento popular, y por otro aquello que las regula y encauza, bien así como hilos conductores ó tubos sin los cuales serian como el vapor, que sino se encerrase dentro de las planchas de hierro de la caldera se escaparía, perdiendo su eficacia, y sin mover la pesada rueda de la locomotora ó el volante por medio del cual se comunican las piezas y se regula el movimiento de la máquina. (Aplausos.)

Los grandes partidos son instrumentos en virtud de los cuales se comunican las ideas á los dos puntos fundamentales: la democracia y el rey; el gran partido liberal para gobernar estos dos elementos; esto es lo que hay aquí en vuestra conciencia.

Cuando el rey llamó espontáneamente al partido liberal, un grupo de hombres nos adelantamos para decir: ha llegado el momento no conocido en España, el momento suspirado y en el cual los hombres de las ideas liberales gobiernan sólo por la iniciativa del soberano, y desarrollan todo su programa. (Aplausos.)

¿No lo recordais, compañeros? Para la mayor parte de vosotros este recuerdo no existe; pero aquí en este grupo de amigos (volviéndose el orador hacia los señores que ocupan el escenario) esos recuerdos se guardan calurosamente. (Repetidos aplausos.)

Cuando nos presentamos al país fuimos saludados con aplausos de júbilo, con gritos de entusiasmo; no sólo era la esperanza de esta gran idea, sino el anhelo de concordia; era el acento de alegría y de bienandanza del país, porque no teníamos ni odios ni rencores á que responder, ni ninguna clase de ambición personal que satisfacer en aquel momento. (Repetidos aplausos.)

Yo no sé por qué, aquella aparición de la democracia monárquica no fué saludada en aquellos momentos por el partido constitucional, ó al ménos por sus jefes, con la alegría y con el entusiasmo que nosotros esperábamos. Esto hizo que nos lanzásemos nosotros á la predicación y á la propaganda, y que, al formular nuestro programa, lo formulásemos, señores, con una palabra, con una aspiración, un tanto vaga, un tanto indefinida, producto de aquellos mismos fines con los cuales nosotros luchábamos. Cuando vosotros hicisteis vuestras mis palabras y disteis como programa de nuestra agrupación aquellas que pronuncié el 11 de Noviembre, no nos proponíamos más que traer á la Constitución todos los principios de la revolución de Setiembre, poner bajo el lábaro de la monarquía á todos los hombres que habian hecho el gran movimiento de 1868. De esta manera nos lanzamos á la propaganda, y de esta manera fuimos oídos por el país; pero no respondió el partido constitucional, que permaneció fijo en sus doctrinas, sin acoger nuestras afirmaciones, y de aquí nació la agrupación que se habia de llamar más tarde la Izquierda.

Oídme. Cuando la Izquierda se formó, yo medité largo tiempo si debería unirme á ella: al hacerlo, señores, al decidirme por la afirmativa, tuve el dolor de separarme de parte de mis amigos. Ellos tenían razón, como la tenía yo; ellos no tenían mis compromisos; yo debía hacer lo que os diré ahora. Y todavía en los que me han sido adictos recuerdo la vacilación y la tristeza con que entraron en aquel movimiento, y sin embargo, si otra vez se reprodujeran aquellas circunstancias, otra vez obraría de igual manera, por dos razones fijas en mi espíritu que eran los dos principios de la democracia monárquica; porque desde el momento en que habia una agrupación política que proclamaba los principios míos y les daba nuevo calor y nueva fuerza, y otra agrupación del partido liberal que estaba en el poder no los acogía, yo debía ir donde mis doctrinas y mis principios encontraban nuevo calor y nueva fuerza. Pero habia todavía otra idea; habia, señores, que yo habia venido con vosotros y me habiais seguido para que todos los hombres de la revolución vinieran, y yo veía á través de la Izquierda figuras de hombres ilustres en los que yo fiaba y á los cuales consideraba necesarios para la causa que defendía. En esta situación, yo podia avanzar y no me arrepiento de haberlo hecho, porque con ello, de una parte se han afirmado en la opinión pública los principios democráticos, de otra un hombre como el Sr. Montero Rios ha jurado la legalidad existente, y de otra un insigne orador, sin cuya palabra de fuego es imposible que la democracia reine en España, ha venido á unirse en esta corriente trayendo con el raudal poderoso de su elocuencia nuevas y poderosas fuerzas á la monarquía y á la democracia. (Bravos y aplausos.)

Pero al hacerlo, señores, oídme bien, no solo yo no abdicaba, sino que afirmaba lo que eran las creencias políticas de la democracia monárquica. Sabeis que el ideal de la democracia monárquica es la formación de un gran partido. Pues bien, oíd lo que la Izquierda ofrecía al país.

Al presentarse en el Senado el ilustre duque de la Torre, llevó nuestras ideas escritas para que no dudase nadie el sentido que tenían, y decía entonces: (Leyó un período del discurso pronunciado en el Senado por el duque de la Torre.)

Tales eran los propósitos de la democracia y de la Izquierda. Pero no era esto solo: esto era lo que habíamos pensado y escrito los hombres que nos habíamos asociado; pero el señor duque de la Torre, á quien nadie podrá negar una especie de mirada interior de aquello que vá á suceder, no se contentó con leer este programa, sino que antes de leerlo lanzó sus ideas y dijo al país lo que tenía en el fondo de su alma. Y dijo el duque de la Torre: (Leyó otro párrafo del mismo discurso.)

Y añadió, oídlo bien: (Leyó las palabras del señor duque de la Torre en las cuales declaraba que la formación de un tercer partido la consideraba una calamidad nacional.)

Y si de calamidad nacional calificaba el señor duque de la Torre la formación de un nuevo partido estando los liberales en el poder, ¿qué será cuando los conservadores mandan y tenemos encima la losa sepulcral del gobierno nuestros adversarios? (Grandes aplausos.)

Pronto comprendereis, pronto os demostraré, mejor dicho, que ya lo habeis comprendido, por qué os he leído estas palabras y la trascendencia que tienen.

Ocurrió, señores, entonces la lucha que ocurre siempre en los pueblos libres entre los partidos y la opinion. Nosotros lanzamos esta idea, pedimos una revision constitucional, pero afirmamos que esa revision no sería causa de un período constituyente; y no lo sería porque pedíamos á todos los partidos su cooperacion para que no hubiera dificultades, y nos encontramos frente á frente con la opinion pública. Con la opinion pública, señores, preciso es que seamos consecuentes con nuestras doctrinas. Yo recuerdo este período de dos años en que he luchado con fuerzas desesperadas enfrente de las corrientes; pero hoy, concluido aquel período, hablemos con entera lealtad, delante, sobre todo, de los representantes de la prensa. Yo bien sé que cuando hemos sido atacados, todos decimos que la prensa en aquel momento se mueve por la antipatia que le inspira aquel á quien censura; pero si eso decimos, ¿por qué la prensa dice la verdad cuando sostiene nuestras opiniones? Es preciso ser lógicos y admitir que la opinion se hace á través de las antipatias y de los periódicos; y la opinion se hizo en España, y la opinion habló durante dos años, y dijo de una manera terminante lo que decís vosotros, los hombres que vivís de la tranquilidad y del trabajo y de la vida de la industria. Nos ha dicho el país: No queremos un nuevo período constituyente, deseamos paz y progreso, queremos la libertad; hombres políticos, dádnosla sin trastornos; queremos la monarquia, queremos todos los progresos que nos habeis indicado. ¿Por qué poneis unos ú otros en tela de juicio? ¿Tan estrecho en vuestro criterio que no sabeis trasformarlo para llegar al ideal apetecido? ¿Tan perdidas son las palabras que no cabe en ellas el espíritu? ¿Tan débil es la democracia que no puede realizar sus aspiraciones? El país nos grita: Adelante sin pequenez de miras y procurando aliar la democracia con la monarquia en sus principios y en la integridad de sus fuerzas. (Grandes aplausos.)

Tuvimos nuestras cuestiones; hablamos en el Parlamento, y el partido constitucional se paró en aquel camino, y no entró en la era de las reformas. Ocurrió un sinnúmero de desgracias, y al fin, despues del ministerio Posada Herrera y de los sucesos de Badajoz, la noche se hizo sobre el partido liberal, y al final de esta epopeya, el partido conservador está en el poder. Pasó el momento terrible; sufrimos las consecuencias; luchamos en la oscuridad; callamos nuestras quejas, y hace pocos meses nos volvimos á encontrar unos y otros en situacion de pronunciar cuál había sido el triste aprendizaje de aquellas duras lecciones.

Y el día 18 de Mayo último nos reunimos todos los que habíamos estado en la Izquierda, mientras los constitucionales se agrupaban en derredor del Sr. Sagasta, y despues de haber cido al país, y despues de haber pensado y de haber pesado en nuestro espíritu todo lo que el país había dicho, escribimos una fórmula, la fórmula que el duque de Veraguas acaba de recordaros: queríamos llevar á la Constitucion de 1876 todos los principios de la del 69 que no estuvieran en ella; y esa fórmula la aplaudieron y la firmaron todos, Linares Rivas como el marqués de Sardoal, Montero Rios como Márto, Lopez Dominguez como yo. Ella era la síntesis de la evolucion de la Izquierda y ella brotaba de las palabras que os he leído, y cuando quedó establecida Sagasta se adelantó en las Cortes y proclamó la doctrina en virtud de la cual se debían unir todos los grupos liberales, y cuando las Cortes se cerraron, se adelantó más y proclamó que no había más que un partido libe-

ra, y yo creí que aquel era el momento supremo en que todas las fracciones democráticas se habían de unir en esta aspiracion. Había dos grupos convergentes: cada uno corría por su lado; al final de ellos estaba la union y la fuerza, y yo estuve por lanzar al aire el grito de hosanna, y por pensar que había triunfado para siempre la libertad en mi patria. (Aplausos.)

Pero no fué así. Cuando todo parecía marcar ese rumbo, los hombres de la Izquierda nos reunimos para deliberar. Todos sentíamos con pensamiento unánime que era llegado el momento de hablar de alguna manera al país y de reorganizar nuestras fuerzas; todos veíamos que había pasado algo, y como aquel que está en la lucha, experimentábamos la necesidad de darnos cuenta de ello, y nos reunimos y discutimos y pensamos, y al pensar y al discutir, nació el disentiimiento, y la Izquierda vá por su lado y yo estoy con vosotros y la union del partido liberal no se ha hecho. Preciso es, pues, que yo en este momento os diga á vosotros, á vosotros solos, las razones que he tenido para obrar de esta manera; preciso es, ya que he sido acusado y motejado y ultrajado, que hable esta noche despues de haber guardado silencio durante cinco largos meses.

Pero estad tranquilos, señores, que la elocuencia monárquica no desmentirá ahora su conducta de siempre; no, yo no tengo una palabra amarga que decir á nadie; no habrá seguramente ninguno, por más que dé tortura á su entendimiento, que encuentre en mi discurso una sola frase dicha en daño de nadie (Aplausos), ni se encontrará en el fondo de estas oscuras galerías un solo demócrata que no sea capaz de lanzar el grito de «que se vayan». (Grandes aplausos.) Porque los que por la union se han levantado olvidan todas las injurias para pensar que es necesario el concurso y el esfuerzo de todos para realizar nuestra obra. (Nuevos aplausos.) No os hablaré tampoco de esas peregrinas ideas de suponer que en los países, que serigen por la palabra los oradores no tienen valor ninguno, por lo mismo que no soy capaz de decir que en los campos de batalla las espadas no sirven para nada. (Aplausos.) No, nada de esto tengo que recordar, y podeis estar tranquilos que aquello que voy á decir lo puede escuchar todo el mundo.

Y ahora hé aquí lo que necesito deciros. Cuando en Agosto pasado yo discutía con mis amigos, pensé que había llegado el momento de sumarse y de unirse para formar un gran partido liberal; yo entonces creía, como creyó el duque de la Torre al presentar el programa de la Izquierda, que un tercer partido sería una calamidad nacional, y el firmar una circular en la cual dígera á España que era necesaria y conveniente y lógica la teoría de los tres partidos, era una de las cosas que yo no tenía valor ni resolucion para hacer; que hay contradicciones en esta vida que no se imponen á los hombres públicos por ninguna clase de deberes. (Muy bien.)

Yo creía que era llegado el momento de asociarse y fortalecer y empujar la union del partido liberal; y como así lo creía, así lo dije, y me separé de los que pensaban de otro modo.

Pero había para ello además alguna otra razon importantísima, y esta razon yo os pido que la peseis y la considereis.

Todo esto de la formación de los grandes partidos, todo esto que se dice de los hombres que piensan de igual manera, son, señores, palabras hermosas; pero esas palabras tienen un valor distinto segun los momentos en que se emplean, y los momentos en que vivimos en España, los momentos á través de los cuales pasamos todos los que estamos aquí reunidos, desde los más bajos en la escala social (y llamo así á aquellos que tienen menos tiempo que dedicar al pensamiento político y á la solución de las grandes cuestiones sociales) hasta las más altas inteligencias (aquellos que pueden dedicarse libremente á la contemplación de los ideales) son momentos, y todos lo comprendereis así, de inmensa dificultad. ¿Por qué no he de decirlo? ¿Por qué he de callar nada, si la opinion pública se forma con la franqueza y con la lealtad?

Y yo dije á mis amigos: Ahora estamos caídos, la leccion ha sido dura para todos, pero nos ha enseñado una cosa, nos ha enseñado que el partido liberal ha perdido el poder por sus divisiones, y el rey no ha querido, no ha debido, y ha hecho bien, elegir entre dos fracciones del partido liberal, porque cada una de ellas hubiera destrozado á la otra, y al final hubiera venido la noche eterna para los liberales y el triunfo eterno tambien para los conservadores. (Grandes aplausos.)

Si pues la caída de los liberales se ha originado por su desunion, la caída de los conservadores se verificará por la union de los liberales. Pero puesto que sin unirnos no podemos triunfar, preciso es que nos unamos, y para ello tenemos una fuerza inmensa, que consiste en decir á las otras fracciones: tomad nuestro programa, escribid en nuestro credo todo lo que hemos dicho y hagamos la union. Y yo digo á mis amigos de la escuela democrática: toda vez que la union es necesaria, toda vez que el pueblo quiere la democracia con la monarquia, ahora es el momento de realizar esta aspiracion; nosotros queremos que acepteis nuestras ideas, tomadlas y no pedimis otra cosa: no ne-

cesitamos el poder, el poder lo queremos para las ideas; prestaremos las ideas para subir al poder y en él os dejaremos; que nosotros solo anhelamos que se forme el partido liberal á condicion de que acepteis los dogmas de la democracia.

Pero esto, señores, será una idea que quede para mí sólo. Hay todavía otra consideracion que me parece importantísima, y que en mi sentir es, en estos momentos, decisiva; consideracion que os voy á exponer á pesar de haber aquí algunos que no son enteramente de los nuestros. (Señala á los periodistas.) Me refiero á que el partido conservador sabe mejor que nosotros la doctrina que os he expuesto. Los conservadores saben que han subido al poder sin haberlo ganado, por efecto de nuestras divisiones, y saben tambien que mientras esas divisiones subsistan, los liberales no tienen probabilidades de volver á ocupar el poder; pero si ellos saben esto, yo sé lo que conviene á nuestras ideas, yo sé que nuestra union puede hacerlos caer.

Hé aquí las dos grandes ideas que yo expuse ante mis amigos en el mes de Agosto: ellos vieron las cosas de otro modo: vosotros juzgareis; pero no espereis de mis labios una critica, que si yo he estado con ellos ha sido porque los estimaba, y si ahora murmurase probaria que había sido fingida mi estimacion, y como espero estar mañana con ellos, temeria que mañana creyesen que la mano que les tendía era á impulsos de la conveniencia y no de la lealtad. (Aplausos.) Ya sabeis, señores, las razones por las cuales no firmé el manifiesto de Agosto, y sabeis tambien los motivos por los cuales entiendo que no puedo apoyar á la Izquierda y debo combatirla; porque si creo necesarios los hombres que en ella figuran para la formación de un partido liberal, creo tambien que la Izquierda como grupo cerrado, exclusivo, como grupo que niega la participacion de los demás, es un obstáculo para el partido liberal y un peligro para la tranquilidad del país. (Aplausos.)

Hé aquí la situacion en que nos encontramos. Me direis ahora: hemos llegado al oportuno momento histórico, y conocemos aquello que nos importaba saber; más, ¿qué hacer en esta instante? Pues bien, señores: al abrirse el Parlamento y revisarse las fuerzas políticas, no hay que hacer sino una cosa: agregarse y unirse con los que representan este mismo movimiento. No hay que preguntar á dónde va cada cual; basta coincidir en el momento y esperar en el mañana. Hoy os puedo decir y declarar con completa satisfaccion mia, y esta es la más importante declaracion que puedo hacer, que estoy seguro y cierto de que en la oposicion al gobierno conservador, lo mismo las fuerzas que dirige Sagasta, lo mismo las que representa Márto, que vosotros á quienes yo represento, todos marcharemos en línea unida para conseguir la libertad, conquistando la opinion, y para acabar con el gobierno conservador. (Grandes y prolongados aplausos.) Aplaudid, sí... (Se repiten nuevos y estrepitosos aplausos.) Aplaudid, sí, porque este incidente de la union y la concordia, que os presento, expresan el momento único de expansion que tiene el partido liberal, despues de tanto hablar de divisiones, de exclusiones, de luchas, de separacion (Grandes aplausos.)

Pero no os lo he dicho todo. Cuando os hablo de algo que se ha hecho, cuando os hablo de cosas positivas y de abrir vuestro corazón como abro el mio á la esperanza, tengo que añadir que ese programa de union, de fuerza, de oposicion al adversario comun, no sería todo lo que nos hace falta. Esos programas que tienen por objeto destruir al adversario son negativos, y es además preciso un programa positivo y de afirmacion, y ese programa consistirá en llevar toda la energia del partido liberal á escribir de una manera irrefragable en la Constitucion los principios de la democracia, para conseguir que al final de esta campaña no se conozcan denominaciones, porque todos unidos formaremos el partido liberal, al frente del cual estará aquel que haya conquistado más nobles laureles y haya hecho mayores sacrificios. (Aplausos repetidos.) Yo de mí sé decir que llevaré vuestra representacion, y todo lo que sois á esa obra; pero debo adelantár una declaracion, y es que no pido, que no quiero, que no acepto nada para mí. En época en que todo el mundo pide el poder, pudiendo dar ocasion á que se piense que las ideas no son más que el pretexto para obtenerlo, yo me adelanto á deciros, yo doy como prenda de mis palabras que no quiero el poder. Si exijo para vosotros aquella participacion que corresponde á todas las ideas, aspiro únicamente á sostener la escala por donde vosotros subais, pero estaré contento y satisfecho con ver desde el foso en que he luchado, tremolar sobre la almena el pendon de la democracia.

Es preciso que el país sepa que hay quien busca la política para bien del pueblo y no para bien propio; es preciso presentar ejemplos de abnegacion; es preciso que el país sepa que las ideas triunfan no solo por los hombres, sino por la virtualidad de los principios que encierran y el desinterés del que sabe sostenerlas. (Aplausos.) Esto hace, en verdad, mucha falta, porque ¿no es verdad que la mayor parte de los que me escuchais, al escuchar mis palabras sentís en el fondo del alma algo que os deja un vacío? Yo lo sé y lo siento por

vosotros, sobre todo, hijos del pueblo. La política, esto que aquí nos reúne, esto que aquí defendemos, los partidos, los programas de gobierno, las fórmulas, todo eso, señores, pasa por delante de vuestros ojos como el relámpago en la noche, como el trueno en el espacio.

Aplaudís, os entusiasmaís; pero pedís, como en la noche de tempestad, la lluvia que refrescando el aire fecunde el suelo; porque en vuestras casas, en vuestros hijos, en vuestros hogares, que están fríos en el invierno y caldeados en el verano, en todo necesitáis algo que sea como la lluvia de la tempestad y no como el relámpago que pasa deslumbrándoos la vista, ó como el trueno que ensordece vuestros oídos. Y eso que necesitáis son las reformas sociales, y eso es lo que yo deseo y lo que yo quiero, porque eso es la democracia. La democracia es la necesidad y la satisfacción de ella; la democracia es aquello que se formula en quejas y se traduce por los hombres de gobierno en leyes que satisfacen las necesidades sentidas. La democracia es para vosotros el alimento más barato, el abrigo mejor, el hogar más ancho, el aire que respiráis más sano, el sitio en que juegan vuestros hijos lo más espacioso posible y poblado de árboles, el desarrollo social, en una palabra, la educación para vuestros hijos, que hoy cuentan con pocas horas para ir á una escuela donde en vez de enseñarles, como ahora sucede, una porción de cosas inútiles, les enseñen á manejar los útiles de un oficio, el dibujo, la geometría, aquello que pueda ponerlos en condiciones de ser algo más de lo que fueron sus padres, y preparar el terreno para el adelanto de sus hijos. (Aplausos.)

La democracia es para vosotros las instituciones de crédito para el pueblo, las cuales impidan que el pobre colono tenga que entregar sus campos á la usura y siembre una fanega que paga con cuatro ó cinco para no recoger nada en la cosecha; es la creación de Bancos de crédito para los obreros, como existen en Alemania, facilitándoles capitales; es porque la enumeración sería interminable, formar poco á poco el pedestal sobre el cual vosotros vayáis levantándoos sobre todas las clases sociales, con inteligencia ilustrada, con voluntad pacífica, con medios de satisfacer vuestras necesidades, sin envidia de las demás clases, sin odios que acaban con el equilibrio social y con la fraternidad cristiana (Aplausos); es, para vosotros industriales que aquí me oís, la asociación y la reunión en el gremio resucitado en los tiempos modernos, sin ninguna de las dificultades ni de las trabas del tiempo antiguo, y con las cuales la industria no se encuentre sola en el día de la crisis, ni tampoco el obrero no se encuentre abandonado el día en que la enfermedad llama á sus puertas; porque, yo os lo aseguro, hay un pensamiento que me atormenta, una idea que me persigue, y para alejarla de mi espíritu, he hecho y haré los mayores esfuerzos de mi vida, y es la de pensar que hay seres iguales á mí, como yo cristianos y como yo hombres, para los cuales no existe ninguna clase de amparo, seres que viven del trabajo de cada día, que si la enfermedad los aqueja y persigue, no tienen medios para mantener á otros seres á quienes han dado la vida, y que si mueren (porque la muerte está suspendida sobre nuestras cabezas y está escrito que nadie sabe cuando será llamado) no tienen á quien volver la vista, porque si miran á través de la niebla de la otra vida, se les figura ver pidiendo limosna á sus hijos, ó desvalida en una esquina á la compañera de su vida (Grandes aplausos); es, señores, que en medio de un país cristiano, católico y de nobles sentimientos, yo veo á las clases divididas por odios y por rencores, y yo no he podido nunca (y bendigo á Dios que no lo ha permitido) ver dormidos durante la noche á mis hijos, y no acordarme de que los de otros no tienen en aquel momento ni el abrigo contra el frío de la noche, ni la esperanza de tenerlo. (Aplausos); es señores, que levantó mi espíritu por encima de estas consideraciones, y veo que á mi pobre país no han llegado aún los beneficios del progreso que otros países disfrutan: es que en estas 49 provincias hay lo ménos once en las que no se come pan de trigo, y otras en que el jornal no pasa de cuatro reales como era hace un siglo en medio de la desnudez de la antigua España feudal: es que de 16 millones y medio de habitantes, sólo saben leer y escribir tres ó cuatro, y es que hay después de todo algo más grande que habla á nuestra alma, y que vive en nuestro corazón: es señores, que fuimos un gran pueblo, un pueblo que dominó el universo, que dictó sus leyes á la tierra, y de aquella grandeza y aquella fuerza nos queda un giron en Occidente que se llama Cuba y Puerto-Rico, y otro giron en Oriente, que se llama islas Filipinas, y unos pedazos esparcidos por el suelo, que se llaman Ceuta y Fernando Póo; y es que el mundo se mueve, que por todas partes se sienten y se dibujan de nuevo los límites de la nacionalidad; es que hay algo que suena en el Occidente y en el confin del mundo, que nos dice que en América hay un gran problema para nosotros y una amenaza terrible para la integridad y la nacionalidad de la patria; es que hay otro rumor en el Oriente, que nos dice que hay peligro para la nacionalidad y para la integridad del lado de Filipinas; es que hay otro hecho en Europa, en el cual el mundo civilizado se asoma al Océano y quiere apoderarse de las costas de Africa para civilizarlas, y hay que el nombre

de España se encuentra excluido, y que á pesar de ser los primeros que navegamos por ese camino con el pendón de Isabel la Católica y de Cisneros, se nos desconoce aquello con lo cual nuestros mayores habían honrado el nombre de aquellas tierras y el nombre de España. Y es que cuando esto sucede, cuando se oyen crujir los huesos de la nacionalidad española en los confines del mundo; cuando un hombre de genio colosal llega á unirse de nuevo en amistad con la Francia, y cuando para compensar á ésta de lo que perdió en 1871 se buscan por todas partes demarcaciones geográficas, pensando lo que tomarán en cambio aquellos que ofrecen donaciones territoriales, en esos momentos, señores, obreros y grandes de España, todos los que me escucháis, en nombre de la patria, hay un solo deber, el deber de unirse y de apretarse en apinados haz; porque si á causa de vuestras discordias caemos otra vez en la anarquía, entonces el pago de tamaño afrenta sería perder una parte del territorio, que pasaría á ser una compensación de los que habían sabido arrebatarlo. (Aplausos.)

Ved, señores, si esta idea de unión de los elementos democráticos que os recomiendo, es una idea fecunda; ella late en el fondo de vuestras quejas, obreros, y ella centellea en vuestro pensamiento, publicistas, cuando la eleváis á las más grandes cuestiones de la política internacional. ¿Qué valen delante de estos problemas, del problema social y del problema internacional, qué valen las discordias de los hombres y las palabras de un artículo escrito en una Constitución y las disidencias y las diferencias y los odios nacidos por ocupar más pronto ó más tarde un puesto cualquiera en el poder?

Con esto, señores, llego aun cuando no quisiera llegar, al término de las reflexiones que os quería hacer. Yo, señores, siento que me faltarian las fuerzas para ir más allá, y lo que siento sobre todo es que no encontraría ideas más grandes que poner delante de vuestra contemplación. Dios me libre, que sería para mí la mayor de las desgracias; libreme el cielo de haber citado á una reunión á hombres de tan distintas procedencias, y creer que podían salir de ella sin llevar en su alma una esperanza y en su cerebro una idea; libreme Dios, sobre todo, de disolver esta reunión, y salir de ella sin dejar en vuestro ánimo la idea de que, con talento ó sin él, arda en mi alma la llama del patriotismo que anima mis palabras y hace vibrar mis acentos: todo aquello que pueda hacer el bien vuestro y el de mi país.

Deseo, sobre todo, deciros que si los ideales centellean ante mi vista, la realidad preocupa mi espíritu, que no soy de los que aman y desean en el sentido platónico. ¿Hay un hombre que amando á una mujer no sienta el deseo de estrecharla entre sus brazos? ¿Hay un artista que contemple una imagen y no sienta el deseo de trasladarla al lienzo con sus colores ó de llevarla al mármol con su cincel? ¿Hay un hombre de virtud que, comprendiendo el valor de los actos honrados, no se mueva para hacer la caridad ó no practique el bien con sus ciudadanos? Esta clase de amores yo la dejo para otros. El ideal me atrae; pero más me atrae el ver realizado aquello que considero un bien para mis conciudadanos.

Así, pues, vamos á terminar esta reunión, y, al concluir, permitidme que, ya un poco confusas, pasen por mis labios las ideas que se mueven en la órbita de mi pensamiento. Al concluir, quisiera con una mirada veros á todos á un tiempo, á los que están delante de mí y á los que están detrás; quisiera con un solo latido sentir las simpatías que me habéis enviado con vuestros aplausos; quisiera encontrar una frase que me permitiera expresar la alegría que siento al ver reunidos para obra tan grande al más oscuro, al más modesto de los artesanos, que apenas vive con sus esfuerzos, y al más grande, al más ilustre de los hombres, aquel hombre que representa el del genio y el trabajo, que cruzó los mares para hallar al otro lado un nuevo mundo, y que enlazó después su sangre con los potentados de la tierra, y que al representar la grandeza y al genio y la nobleza de familia, viene con vosotros á mostrar que esta santa democracia, después de las palabras del Evangelio, es la palabra más sagrada de unión más fecunda y de virtud más fructífera que los hombres han conocido.

En marcha, pues, y adelante en la congregación de todos los hombres liberales; adelante en la línea de batalla; si hay alguien que á nuestro lado vacile, nuestro ejemplo y nuestro empuje le obligará á seguir nuestro camino. Adelante, por la democracia y la monarquía; adelante, por la libertad y por la patria. Adelante no es una palabra vaga; es la mejora de las clases obreras; es la regeneración de la Agricultura oprimida; es la extensión de la riqueza; es la prosperidad de España; es la gloria de la nación. Adelante, señores, que este pueblo de héroes, formado con los restos de la grandeza mayor que la historia ha consignado, no consentirá jamás que suene el cañón con otros ecos que con aquellos que un día retumbó el de D. Juan de Austria en Lepanto; ni que se pasee otra bandera que la de España por las soledades de América, por donde la pasearon Cortés y Pizarro; ni que prediquen el bien de unión entre las clases de otra manera que en la patria en que vivió Te-

resa de Jesús, ni que se pueda apagar en este país aquel aliento que sin distinción de clases, en 1808, rechazó por todas partes al extranjero é hizo la nacionalidad de nuestra patria. (Grandes aplausos.)

Así, pues, señores, para concluir, rodeo mis palabras con este gran recuerdo, y lo hago con verdadera decisión y no por figura retórica. Mientras os he hablado de política, he hecho callar al sentimiento, he impuesto silencio á mis anhelos; pero ahora os digo: hombres del pueblo, juventud que me escucha, industriales que queréis paz y tranquilidad, pensadores, capitalistas que habéis salido de las clases obreras, cobrad ánimo y empuje. La patria española no está destinada á eclipsarse, ni á perecer, ni á disminuir. La democracia monárquica es la suma de todos estos alientos. He empezado hablándoos de un pequeño movimiento que en 1881 nos sacó de la nada; concluyo hablándoos de la patria y del porvenir de la nación, de la historia y de lo que nos espera. Hé aquí lo que quiero dejar en vuestro pensamiento, que es lo siguiente:

Cualquiera que sea la idea que tengáis formada de vuestra pequeñez, si el entusiasmo os anima y la voluntad os une, traed todos vuestros esfuerzos á este partido, no lo traereis para hacer un pedestal sobre el cual yo me levante, sino para hacer triunfar vuestras ideas. Si me aplaudís, si yo puedo al dejar esta reunión tenderos la mano de amigo, es porque en mis palabras encontráis el eco de vuestro pensamiento y la sanción en la vida política de las aspiraciones de todos vosotros. (Grandes y repetidos aplausos.)

NI EL CARBÓN NI LA ESCLAVITUD

La una en lo antiguo y el otro en lo moderno, han sido y son los grandes obreros de las razas superiores de la Humanidad.

Pero la esclavitud se extingue, y carbon hay muy poco en las entrañas de la tierra. ¿Qué será de la civilización cuando el carbon nos falte? ¿Volveremos á la esclavitud?

El carbon es excesivamente escaso. Haga el lector ó figúrese en su mente un dado diminutísimo y casi imperceptible que tenga por lado el grueso de este papel: representése un globo terrestre de un metro de diámetro: busque en ese globo el lugar ocupado por las islas Británicas, y con gran habilidad introduzca allí el inmanejable dadito de papel; y, hecho esto, tendrá en tan extraño corpúsculo la presentación de todo el carbon fósil extraído durante un siglo de todas las minas de Inglaterra. El punto de esta *i* es mucho más extenso que una cualquiera de las seis caras de este dado. Todo el carbon de piedra existente en la tierra, no llega acaso (respecto siembre de ese globo de un metro de diámetro) al tamaño de un pedazo de papel cuya área sea igual á la de una *O* mayúscula de este tipo.

Muchas minas se han descubierto últimamente, y la industria ha concebido grandes esperanzas de no morir de hambre tan pronto. La riqueza de las minas de Westfalia asciende á 100.000 millones de toneladas, y la antracita de la sola provincia china de Shan. Si pudiera dar 300 millones de toneladas durante 2.500 años. Dícese que en el corazón de Africa hay hulleras de considerable extensión.

El temor, pues, no depende tanto de la escasez en estos instantes del carbon de piedra, cuanto del hecho revelado por la estadística de que cada quince años ha venido duplicándose el consumo (que dentro de poco se triplicará). En Francia solamente se gastaron 9 1/2 millones de toneladas de carbon en 1815; 18 millones en 1830; 30 en 1843, y 75 millones en 1859. En los últimos quince años el consumo de carbon se ha más que duplicado. ¿Calcula el lector lo que es ir á la dobla en los gastos?

A petrificarse la industria en su estado actual, tal vez el carbon fósil atesorado en las entrañas de la tierra, aunque insignificante respecto de la masa total de nuestro planeta, bastaría para satisfacer nuestras necesidades hasta unos 10.000 años, — ó el doble, según la opinión de entendidos optimistas. Pero, multiplicándose solamente por 2 el gasto cada quince años, todo el carbon de piedra del mundo no alcanzará de cierto para tres siglos, aun admitiendo en esta nueva cuestión los presupuestos del color de rosa más subido. Las locomotoras de los Estados del Norte de América han doblado el gasto en ocho años. En 1840 el *Britannia* era el rey de los vapores transatlánticos: medía 1.150 toneladas y contaba con una fuerza de 440 caballos. Hoy el *Oriente* desplaza 9.500 toneladas y dispone de 5.400 caballos. En 1829 no había locomotoras en el mundo; hoy existen

más de 60.000, y gastan más de 12 millones de toneladas de carbón. ¿Cómo, pues, esperar que se estanque el consumo, cuando no hay caminos de hierro en el Japon ni en Filipinas, ni apenas en Africa, Australia y Asia? ¿Pueden hoy prescindir del vapor las regiones populosas?

Verdad es que pasma de admiración lo que ahora de combustible la maquinaria moderna.

Al empezar el siglo actual, las máquinas de Smeaton consumían 13 1/2 kilogramos por hora y por caballo; hoy gastan menos de un kilo las grandes máquinas Corliss y, en general, las Compound. Los primitivos vapores transatlánticos gastaban 48 1/2 quintales de carbón para llevar una tonelada de carga desde Liverpool a Nueva-York; hoy el viaje exige solamente 4 1/2. Y hay más, mucho más todavía. En 1840 el *Britannia* pudo recorrer 2.775 millas inglesas desde Liverpool a Boston en catorce días y ocho horas; y, hace poco, el *Britannia* recorrió las 2.802 millas de Queenstown a Nueva-York en siete días y once horas. El *Gallia* con viento de proa, ha hecho la misma travesía en siete días y diez y nueve horas, ¡velocidad difícil de exceder notablemente mientras no cambie el actual modo de propulsión! ¿Quién pudo imaginar en 1840 que a los cuarenta años se pudiera transportar 15 veces más flete a través del Atlántico, en la mitad del tiempo, y con vez y media de menos peso de carbón? Pues este portento, que entonces se calificó de utopía extravagante, es hoy una posibilidad que ni siquiera cautiva la atención.

Pues todavía cabe un progreso más ante el cual sería insignificante el anterior, aún con ser un prodigio.

Las actuales calderas de vapor son organismos deplorables, toda vez que los mejores aparatos de combustión aprovechan solamente el 8 por 100 de la energía residente en el carbón de piedra. ¿Qué diríamos del panadero que, para sacar ocho panes, desperdiciara el trigo de noventa y dos? Pues en los malos hogares no llega a los cilindros de vapor ni siquiera el 5 por 100 de la fuerza que se desarrolla y existe en el hogar de la caldera.

Ahora bien; sabiéndose que tan enorme pérdida se debe principalmente a lo incompleto de la combustión y al enorme derroche de calor que se escapa por la chimenea de las máquinas con los gases de la combustión, muy de esperar es que la inventiva dé pronto con el remedio. Un kilogramo de hulla desarrolla 8.000 calorías en una hora: cada caloría debe elevar el peso de 1 kilogramo a 425 metros de altura; de modo que las 8.000 debiendo levantar en una hora a la altura de 1 metro 3.400 toneladas, sólo levantan prácticamente 270 en los mejores organismos, ó sea el 8 de cada 100. Pues agréguese que de esos 8, cuya energía ha podido al fin almacenarse en el vapor de agua, sólo se utiliza en la máquina el 60 por 100; y fácilmente se comprenderá que aún resta bastante que mejorar antes de que los aparatos de vapor se acerquen en la práctica a lo que promete la teoría.

Pero, por mucho que los futuros mecanismos puedan ir ahorrando de combustible, jamás economizarán tanto como las necesidades de la civilización hagan gastar. El ahorro tiene un límite, más abajo del cual no podrá descenderse nunca ni aún en los mecanismos ejecutados con la mayor perfección; mientras que no cabe límite asignable a un consumo que aumente en proporción geométrica, doblándose ó triplicándose cada quince años.

¿Qué hará entonces la Humanidad cuando le falte el diamante negro, cuando le falte el combustible?

¿Restablecerá la esclavitud?

Verdaderamente es un prodigio la máquina del hombre. Según los cálculos de Helmholtz 1/5 de la energía propia de las reacciones químicas que se efectúan en el cuerpo humano, reaparece en la fuerza de nuestros músculos. Como acabamos de ver, no hay máquina ninguna de fuego que pueda rendir tanto. Y hé aquí que, sólo por no fijarse la atención en esta maravilla de la organización humana, es por lo que confunden la mente las obras ejecutadas por naciones antiquísimas, que no conocían el hierro que ni aún siquiera tuvieron a su servicio las fuerzas del buque y del caballo. Sin embargo, aún permanecen las obras de muchos pueblos, cuyos nombres no conoce la historia, ocultos a las pesquisas de los más obstinados eruditos.

¿Qué raza fué aquella misteriosa del Perú, anterior sin duda a las Incas, que sabía labrar el oro incorruptible, el cobre y la plata, tejer telas de finísimo algodón y bordarlas con un primor ahora sin ejemplo? Aquellos hombres embalsamaban sus difuntos ó los conservaban de cuclillas, desnudos y envueltos en chales suntuosos, dentro de nichos tallados en rocas resistentes a las desintegraciones de los siglos. Fué una raza ciclópea que terraplenó los barrancos del Perú en una extensión de 2.000 kilómetros, construyendo murallas de cantos poliedros y desiguales, á veces gigantescos y siempre sin cemento, como los bloques de los monumentos pelásgicos de la antigua Argólida. Las piedras de esos monumentos se hallan tan admirablemente talladas y pulidas, que el ajuste y encaje de las caras no discrepa; y las obras todas son de tan portentosa extensión que, juntas las murallas y colocadas á continuación unas de otras, podrían circundar diez veces, cuando menos, nuestro globo; ¡maravilla de tenacidad y de energía ante la cual son poco aún todos nuestros ferrocarriles!

¿Qué fué de la raza esbelta, bien proporcionada y de elvada estatura, que construía vasos, medallas, instrumentos músicos, relieves, estatuas colosales, casas, templos, sepulcros, puentes, acueductos, pirámides y fortificaciones en la Huehuetlapán mejicana, impropriadamente llamada Palenque, ciudad verdaderamente de portentos en ruinas, del látigo simbólico, de la T mistica, las cruces, las serpientes, el escarabajo religioso y los inexplicados geroglíficos, semejantes, sin embargo, á los del Egipto legendario?

¿Dónde están las gentes de los mouldings del Ohio y de todo el extenso valle del Mississippi?

¿Quiénes eran los que en Easter Island, peñón aislado en medio de los mares, á 2.000 millas del Sur de América, á 2.000 de las Marquesas, y á más de 1.000 de las islas Gambier, modelaron los centenares de colosales en forma humana de 10, de 12 y de más metros de altura, y peso superior al de 100 toneladas? ¿Cómo los movían? Tres metros de diámetro mide la cabeza de una de estas estatuas, todas las cuales estuvieron algún día de pie sobre anchurosas plataformas, y hoy se ven tendidas por los suelos en aquel insignificante islote, perdido en las inmensas soledades del Océano Pacífico.

De cierto no conocían los prodigios del vapor los sagrados arquitectos druidas, de luengas barbas y coronas de laurel, que hicieron á sus esclavos levantar los dólmenes monolíticos de 700 toneladas, y los menhires de granito indestructible, con 20 y hasta 25 metros de altura, rudos rivales de los bien tallados obeliscos del Egipto Faraónico.

De cierto no conocían el vapor los déspotas mitrados del Asia, que, con la potente máquina de la esclavitud, cubrieron de maravillas la llanura de Babilonia, sin soñar nunca que sus escombros servirían algún día de morada á tigres, chacales y serpientes; ni contaban con nuestros recursos mecánicos los que edificaron á Ninive, sepultada hasta hace cuarenta años; ni los que se coronaban en la sacra Persépolis, quemada por las teas de Alejandro, de sus capitanes y de sus griegas meretrices, tras una de las brutales orgías de aquel célebre conquistador; ni los que tallaron colinas de basalto, y las ahuecaron primorosamente para formar templos como el índico de Kailasa, basilica incomparable de columnatas sostenidas por bueyes fantásticos y elefantes imposibles; ni los que levantaron las pirámides, y edificaron la ciudad de las esfinges de cabeza de carnero, Tebas la incomparable, que ostenta aún, en vez de árboles, selvas de columnas ponderosas y alamedas de ingentes obeliscos.

¡Oh! Sin duda es una maravilla la máquina del hombre y una potencia increíble la de la esclavitud; pero la civilización que una vez haya sometido los agentes del Cosmos, no puede en modo alguno contentarse ya con la fuerza mezquina de las fibras musculares de las poblaciones esclavas.

La vida es muy corta y la esclavitud trabaja muy despacio.

Para hacer la gran pirámide de Cécrope, que mide 11.000 metros cúbicos, se necesitaron treinta años y 100.000 esclavos; mientras que para perforar el Monte Cenís con un túnel que cubra 500.000 metros, han bastado diez años y 500 trabajadores solamente. El túnel del Monte San Gotardo, hoy el mayor del mundo; puesto que tiene 15 kilómetros, se ha perforado en poco más de siete años.

Por otra parte, la esclavitud es un engendro de la muerte.

Todos los Imperios fundados sobre ella han desaparecido de la tierra.

¿Qué fué de la antigua Roma y de aquella potentísima esclavitud que levantó tantos arcos de triunfo? Desapareció del mundo: bárbaros libres barrieron á los Césares de esclavos. Babilonia, Ninive, Cartago ya no existen.

Sin duda la esclavitud es un mecanismo de fuerza inmensamente mayor de lo que lo cree una poco profunda meditación; sin duda la esclavitud pudo ser un progreso, cuando en los pueblos salvajes los vencedores, en vez de sacrificar á dioses implacables las entrañas, palpitantes aún, de los prisioneros de guerra, y convertir en pasto y alimento de los antropófagos guerreros triunfantes la carne de los de la vencida tribu, destinaron los prisioneros de guerra á la labranza de los campos, á las obras de fortificación, á la formación de vías militares, y hasta á la edificación de esos hoy inútiles obeliscos, dólmenes y pirámides que vanidades erróneas y creencias ahora inconcebibles hicieron erigir: sin duda la esclavitud es cara y lenta en su trabajo; pero hoy nuestro mejor conocimiento del derecho (y esto basta) la ha declarado una iniquidad inaguantable y un anacronismo insostenible en este siglo grandioso; menos grande por haber fijado la luz con la fotografía, haber detenido la palabra con el fonógrafo, haber dominado el espacio con la locomotora, haber prescindido del tiempo con el telégrafo, haber emancipado del dolor al hombre con el cloroformo; menos grande por todas estas maravillas, que ni siquiera se atrevió á atribuir la magia á sus mentidos taumaturgos, fabricantes de milagros, menos grande por lo que ya ha hecho y le queda aún por hacer... que por haber consagrado los derechos imprescriptibles de la personalidad humana—la libertad de la palabra, la libertad de la ciencia la libertad del trabajo—y haber declarado que el trabajo pertenece al trabajador; no al que le hace trabajar con el látigo humano.

No: no se volverá á la esclavitud, cuando el carbón fósil se haya extraído todo de las entrañas de la tierra.

No: no se volverá á la esclavitud, como tampoco se volverá á la antropofagia, aún cuando faltasen alimentos. La esclavitud repugna al sentido moral civilizado, tanto casi como la alimentación con carne humana.

Pero, y ¿si falta carbón? ¿Qué hacer entonces?

Por fortuna la fuerza abunda en nuestro globo. No hay ser humano en el mundo de la civilización que no haya oído hablar de la Catarata del Niágara como objeto sublime de poesía; pero pocos la habrán considerado como objeto sublime de dinámica. Su solo salto de agua contiene en sí una energía superior con mucho á la de todo el carbón de piedra actualmente empleado como fuerza motriz en nuestro globo: esa caída es superior en fuerza teórica á la de 16 millones de caballos vapor, y algún día el génio americano la distribuirá por todo el Canadá y los Estados Unidos de la América del Norte.

Pues también la maquinaria de la América del Sur será movida por las grandes cataratas del Potaro en la Guayana inglesa; poco conocidas aún, pero que bien merecen serlo, como dignas rivales del Niágara.

El flujo y reflujo de los mares es una fuerza incalculable engendrada por las atracciones del sol y de la luna, combinadas con la rotación de nuestro globo, y que durará tanto cuanto duren las causas siderales de nuestro presente estado planetario.

A medida que se desciende al interior de la tierra aumenta el calor, según la calidad de los terrenos; pero, en general, el aumento es de un grado por cada 30 metros ó 35 de profundidad. En el pozo artesiano de Budapest, orillas del Danubio, á cada 13 metros de descenso, término medio, la temperatura interna de la tierra subió un grado, tanto que el agua, desde la profundidad de 945 metros, ascendía con la temperatura de 71 grados centígrados: á la máxima profundidad del pozo, 970 1/2 metros, la temperatura interna es de cerca de 74 grados. En el sondeo de 1.269 metros verificado en Sperenberg, cerca de Berlín, el grado geotérmico ha variado entre 21 metros y 140. En el pozo artesiano de Vitoria, provincia de Alava—cuya perforación se suspendió cuando ya la barrena había descendido algo más de un kilómetro de profundidad,—la temperatura crecía un grado centígrado por cada 38 metros, término medio. En la mina

de oro *The Savage*, Estados Unidos del Norte de América, el calor es tan grande, que el agua se convierte en vapor y escalda á los mineros, por lo cual hombres muy entendidos tienen propuesto una más profunda perforación por aparatos que obren á distancia, y alimentar luego de agua suficiente el nuevo pozo taladrado para que, convertida el agua en vapor, mueva la maquinaria de la mina...

¿El calor central del globo servirá, pues, de hogar inmenso algún día á todas las calderas y máquinas de lo futuro?

* *

Hoy por hoy no hay que pensar en que el carbon nos falte ni aún en que encarezca siquiera.

Pero cuando la necesidad se haga sentir, cuando el carbon fósil haya vuelto en forma de ácido carbónico á la misma atmósfera de donde salió hace millones de años, entonces el hombre, continuando su marcha por las vías del progreso, sabrá prescindir del combustible actual, sin descender por ello de su puesto de honor presente ni degenerar de su actual estado de civilización; porque un genio, ó más bien una serie de genios inventores, surgirá á conquistar las potencias inagotables, hoy no utilizadas; y otras fuerzas hoy desconocidas, reemplazarán la energía que ahora sacamos del carbon.

E. B.

LA UNION HISPANO-AMERICANA

CAPITULO II

Geografía, topografía é Historia de Méjico

Méjico, ó por otro nombre Nueva-España fué descubierta por Hernán-Cortés en 1519; este país encierra multitud de riquezas, ya en oro, ya en plata, cobre, perlas, minerales, y en maderas de construcción, y en cereales y otros productos, á más magníficos edificios, construcciones titánicas y obras verdaderas de arte; allí, hasta la misma Naturaleza se presenta espléndida, y ha colocado en este delicioso país los parajes de todas las partes del globo; en la cumbre de sus montañas, la nieve perpétua y el ancho cráter del volcan; en las faldas países deliciosos, y por todo su suelo véese cubierto de agentes naturales.

Basta ver á la España americana para comprender que es hermana gemela de la España europea, y esto lo comprobaremos según vayamos haciendo la geografía de aquel hermoso país. Nosotros somos españoles y amamos á América, tanto que nos creemos americanos, ¡pero, desvarío! ¿no somos todos españoles-americanos y americanos-españoles? ¿No somos todos descendientes de un mismo padre? ¿No hablamos el mismo idioma y abrazamos la misma insignia de una misma religión? Pues entonces empecemos á describir los límites de nuestra patria, que lo son los pueblos hispano-americanos.

De los Estados que componen la República mejicana, haremos una división para mejor estudio y más fácil colocación: los dividiremos en Estados orientales, ó los que están bañados por el Golfo de Méjico y el Atlántico: Estados centrales y Estados occidentales, ó bañados por el Mar Bermejo ó Golfo de California, y el Gran Océano Pacífico. Los primeros son: Tamaulipas, Veracruz, Tabasco y Yucatan; los centrales son: Chihuahua, Durango, Coahuila, Nuevo-León, Zacatecas, Aguas Calientes, Guanajuato, Querétaro, Méjico, Distrito Federal, Tlascala, Puebla, Hidalgo y Morelos, creados recientemente á expensas de Méjico; los occidentales son: Sonora, Sinaloa, Talisco, Colima, Michoacan, Guerrero, Oajaca, Chiapas y la Península de California, en el Golfo de Tehuantepec, existe el territorio de Tehuantepec.

Una vez ya conocidos estos Estados y su colocación, podemos ya pasar adelante.

Méjico se encuentra al S. de los Estados-Unidos, teniendo por límites con éste: al N. Nuevo-Méjico y las Arizonas; al N.E., con el Rio Grande del Norte, límite natural entre Méjico y Tejas; al E., bañan sus costas el Golfo de Méjico y el Atlántico, formando con la península de Yucatan y Cuba el Canal de aquel nombre; al S., limita con Guatemala y el Yucatan inglés; al S.O., con el Golfo de Tehuantepec, y al O., con California, el Mar Bermejo y el Grande Océano Pacífico.

Méjico en general es montañoso y su suelo véese constantemente interrumpido por grandes cordilleras y elevadas mesetas, dando estas desproporciones del suelo la variedad del clima y la diversidad de sus productos.

Hemos dicho que este país es montañoso, y, en efecto, lo es: las mesetas de Anahuac y Michoacan son de las más elevadas que se conocen, pues, según M. Humboldt, tienen de 2.000 á 2.500 metros sobre el nivel del mar; á más, se encuentran al rededor de la capital la meseta de Toluca, que mide 2.600 metros, la de Tenochtitlen, que tiene 2.274, y Actopan, que mide 1.996 metros de elevación, conteniendo en lo alto hermosos valles,

donde se cria la pita, el trigo y el algodón y la caña de azúcar.

Las montañas son igualmente elevadas, y forman inmensos nudos de cordilleras que atraviesan toda la República; la cordillera que cruza este territorio es la Sierra Madre, que se divide en tres ramificaciones: la primera se dirige hacia Nuevo-León; la segunda forma parte de Talisco, y la tercera puede considerarse como cordillera independiente; se le da el nombre de Andes americanos y pasa por los Estados de Zacatecas, Durango hasta el Rio Grande del Norte, y desde donde se interna en el interior de Nuevo-Méjico y se unen con las montañas Peñascosas. Todas estas montañas encierran en sí el abismo insondable del volcan por cuyas bocas ó crater arrojan con la furia del monstruo materias, siendo muchas de estas gran riqueza para los pueblos, entre una infinidad, merecen citarse el volcan Grande de Méjico, que tiene 5.384 metros de elevación, y arroja azufre cuya inmensa riqueza aprovechan los naturales; ¡inmensa fábrica de la naturaleza! Montaña Estrellada, ó Citlaltepétl, que tiene 5.300 metros; la Mujer Blanca, la Nevada de Taluca, Nauh-campa-tepetl, que tiene 4.087; el volcan Popocatepetl mide de circunferencia su cráter 2 kilómetros; en Colima existe otro del mismo nombre y Soconusco.

Ahora que ya hemos dado á conocer las principales cordilleras, montañas y volcanes, veamos lo que éstas encierran. La plata se halla en las mesetas de Anahuac y Michoacan en abundancia, y tambien en Guanajuato, Zacatecas, Tasco, ya en grano, en pepitas, como en filones; las montañas son alí de inmensas masas de granito, entre cuyas hendiduras se encuentra el precioso metal, así como tambien el espejuelo, basalto y otros más; y las montañas de Zapotecas y Miscteca, en las cuales se encuentran todos los productos mineros que hemos expresado.

Todas estas desproporciones naturales y estas moles graníticas hacen más y más fantástica y deliciosa la estancia al viajero que desde Europa se traslata allí; pues no puede menos de asombrarse de los gigantes que recorren su suelo, que parece que con sus picos quieren escalar la mansion celeste; no es extraño el ver el sol palidecer y esconderse luego tras de una inmensa nube, que se levanta majestuosa en el espacio, dejándose otras veces oír el ruido ó voz atronadora de un coloso fenómeno, por cuyas bocas arroja materias inflamadas, iluminando con su roja luz un espacio considerable si es de noche, infundiéndolo el espanto, sino el temor natural en los habitantes vecinos.

Estos colosos ó volcanes respiraderos de la tierra, están muchos de ellos cubiertos hasta la cumbre de hermosos árboles, como el cedro, pino, caoba y otros; cubiertos de nieve, causan placer al que los mira, pues sobre la sábana blanca levántase el penacho de oro.

Este país está cruzado de pocos ríos de importancia, siendo los más notables el Rio Grande del Norte, que divide á Tamaulipas y Coahuila de Tejas, antiguo Estado perteneciente á la Confederación Mejicana; el Colorado, que va á desembocar al Golfo de California y separa á este Estado de Sonora; Tabasco, en el territorio del mismo nombre; Guazacualco y Alvarado, en Veracruz; el Moctezuma y el Santander, en la parte occidental; el Rio Grande de Santiago, que desemboca en San Blas pasando por Talisco y Durango.

Vemos, pues, que en ríos, todos ellos, exceptuando al Rio Grande del Norte, el Colorado y el de Santiago, ó Rio Grande del Sur, los demás son de poca ó de ninguna importancia, no tan sólo para el comercio, sino tambien para los terrenos por donde pasan, pues no pueden hacer riegos externos á causa de la desigualdad del terreno, impidiendo éste la construcción de canales y hasta de carreteras, haciéndose muchas veces imposible el comercio entre Estados confederados como Veracruz y Méjico, pues la gran meseta que se les interpone les impide el comerciar con las harinas; de manera, que sólo por la gran fertilidad de sus parajes pueden cultivarse ciertos productos.

Lagos hay bastantes, pero no sirven para la agricultura, ya por la calidad del agua, ya tambien por la situación en que están éstos colocados; merecen citarse el Chiapas, en Nueva-Galicia; Caiman, en Coahuila, y el de Pascuato, en Michoacan.

El clima de Méjico, en general, es cálido; pero tambien encierra los frios y calientes países del Norte de Europa y el calor del Sur de España: las tierras calientes son los terrenos bajos y de una elevación de 200 á 300 metros; las cálidas, las que están á unos 1.200 metros, y las frias, á los 2.300 sobre el nivel de los mares; así es que las primeras son las que están á la costa, y, por tanto, las que tienen menos elevación, como Veracruz, Nuevo-León, Tamaulipas, Sonora y otros países, pero suele ser malsano en las costas, sobre todo al que no se aclimata, como sucede á los extranjeros, que muchas veces, á pesar de estar allí algunos años, mueren atacados por la enfermedad, constante en aquellas costas.

Tamaulipas, el primero de los Estados del N. de la parte oriental de nuestra división de los Estados y territorios de la Confederación Hispano-Mejicana, tiene por límites: al N. con Tejas, separados por el Rio Grande del Norte; al E. por el Golfo de Méjico, que baña

sas costas; al S. por San Luis de Potosí, y al O. con Coahuila.

Es este un estado importante por el comercio que mantiene, y con especialidad con la Francia, pues encuentran salida sus productos en uno de sus puertos. Tampico de Tamaulipas y este puerto se encargan luego en la importación de dichos productos al interior de la república. Vittoria, la capital, ó por otro nombre Nuevo Santander, con una población de 8.000 hombres. Tampico, sobre el Rio Grande, sumando una población de 110.000 almas, es curioso citar aquí: en un hermoso valle, levántase un monte en forma de pirámide pero elegante, y de una figura azarable.

Veracruz, Estado importante, no tan solo bajo el punto comercial, sino tambien por las fortalezas que contiene y por la pirámide de todos conocida, que mide 18 metros de altura con unos 24 á 25 de base; en este Estado se encuentran los volcanes Cofre de Perote, que en la actualidad están apagados. Veracruz limita al N. con Tamaulipas, al E. por el Golfo de Méjico, al S. por Chiapas y Tabasco, al O. por la cordillera Anahuac. La capital Veracruz es el punto á donde van á parar los buques comerciales de Europa, es decir, que es el granero, proveedor de productos europeos, lo que despues importa al resto de Méjico. Esta ciudad ofrece la particularidad que fué construida con rocas submarinas, defendiendo su puerto el fuerte de San Juan de Ulua, y á más la fortaleza de Perote.

Cerro Gordo, entre la capital y Méjico, es un punto de defensa. Orizaba; se dedican sus habitantes á la fabricación de paños, algodón. Córdoba; famosa por el tabaco, suma todo el Estado 505.000 habitantes.

Tabasco, situado al S. de Veracruz y baña sus costas el Golfo, limitando con el Yucatan, y cruza su suelo el rio de Grijalba, importante en la historia y por el Tabasco; la capital San Juan Bautista está sobre el rio que toma el nombre del Estado. La frontera; esta ciudad es comparable á Valencia de España, pues se vé envuelta en el aroma delicioso de la flor del naranjo, formando estos árboles vistosos bosques por el que el hombre deleita su vista, depósito del palo cañeche.

Este país es delicioso y cubre su suelo de maderas, y especialmente las tintoreras; pero como no tras de la flor se esconde la espina, es peligroso aventurarse por esos bosques, á causa de que en ellos halla albergue el feroz tigre, no teniendo más de lo pasado que las ruinas de Nuestra Señora de la Victoria, fundada por Herrán-Cortés. Saman 84.000 almas.

RAMON DE SANJUAN.

(Continuará.)

CRISTOBAL MORALES (1)

El arte musical, en su parte, religiosa, estuvo expuesto en el siglo XVI á sufrir un contratiempo mortal, á causa de la escandalosa y profana decadencia á que le habian reducido muchos de los compositores anteriores y contemporáneos al maestro cuya biografía tratamos de hacer en este incorrecto escrito.

El Concilio de Trento, ganoso de corregir todos los abusos introducidos en la disciplina eclesiástica, y viendo que no era de los menores la ejecución en las iglesias de música, no sólo con caracteres profanos por su estilo, sino hasta con palabras obscenas y groseras entrelazadas á las del texto en los oficios divinos, determinó en el año 1563 formar una Comisión encargada de buscar los medios para extirpar tan monstruosa costumbre. Dicha comisión propuso que se escribiese una *misad hoc* con todas las condiciones propias de la gravedad del culto católico, y que en caso de que no llenase los requisitos exigidos, quedara por siempre excluida la música del templo del Señor. ¡Terrible alternativa! A un solo hombre y á una sola obra, estuvo confiada la futura suerte del arte.

Mas no podía haber sonado en el reló de la eternidad la última hora de un arte destinado, mientras el mundo exista, á hacer la felicidad de la humana estirpe, y á cantar en lo infinito alabanzas al Eterno. En tan gravísima crisis apareció Palestrina, que cual nuevo Moisés, condujo á puerto de salvación á la música religiosa.

Aunque parezca atrevida la proposición, no puede menos de extrañarnos que tan alto honor, misión tan elevada se confiara al gran Palestrina, y no al eminente maestro español.

(1) Este estudio crítico-biográfico forma parte del libro titulado *Músicos, poetas y actores* recientemente publicado por los Sres. D. Carlos Guaza y D. Antonio Guerra y Alarcón.

Cristóbal Morales, porque si grande era por este tiempo la reputación de Palestrina, no lo era menos la de Morales, pues sobre haber ocupado ambos idéntico destino, nuestro compatriota tenía la ventaja de la consideración que le daba el ascenso obtenido á su salida de dicha capilla; y en cambio Palestrina, víctima de una resolución poco equitativa del Papa Paulo IV, se vió desposeído de su plaza, razón suficiente para que, no obstante su reconocido talento, se hubiesen enfriado sus relaciones con los individuos de la corte romana y careciese de ellas cerca del Papa que sucedió á Paulo y que con el nombre de Pio IV dirigía entonces la nave de la Iglesia, siendo por derecho propio presidente del Concilio.

Sin pretender atenuar la merecida y justa fama de que goza el compositor italiano, podemos decir que aunque la gloria de tan gra- acontecimiento, llevado á cabo con éxito asombroso, haya recaído en él, España tiene también su parte en dicha gloria, pues ya se ha declarado y reconocido, que gran parte de las obras del inmortal Morales, ajustadas en un todo á la música religiosa, son anteriores á las de Palestrina, como lo es en veinte años lo menos aquel autor con relación á éste; que cuando Palestrina entró de cantor en la capilla Pontificia, había ya en sus archivos obras del maestro español, y que era tan idéntico el estilo y el género de las obras que los dos compusieron, que hasta hace pocos años han venido atribuyéndose á Palestrina varias obras del compositor sevillano.

Creemos que en vista de tales y tan fehacientes datos, nadie dudará que Palestrina, dedicándose asiduamente al estudio de las obras de Morales, encontró después en ellas un camino seguro para hacerse con el estilo propio que le sirvió en aquellas críticas circunstancias de grande apoyo para salvar al arte de la ruina que le amenazaba.

Así, pues, ¿es cierto, como algunos afirman, que Palestrina fué el primero en escribir música con los elementos del verdadero género religioso? No, pues aunque entre éstos se cuentan escritores de tan gran valía como el abate Baini y Fetis, ellos mismos se contradicen, al conceder á Morales, como no le podían negar sin incurrir en una gran parcialidad y sin falsear enteramente los hechos, las grandes dotes que adornaban al ilustre hijo de España.

En los archivos de la catedral de Toledo, del monasterio del Escorial, en el de la capilla Pontificia de Roma y en otros muchos, se conservan bastantes obras de las muchas y de gran mérito, que, ya impresas, ya manuscritas, dejó compuestas este eminente y sábio maestro.

Se hallan entre estas composiciones, el motete de Miércoles de Ceniza, cuya letra dice: *Enmendemus in melius*, y otro titulado *Lamentabatur Jacob*, para una de las Dominicas de Cuaresma, dos obras que están calificadas como modelos de arte y ciencia. Se tiene asimismo como de inestimable precio, un motete que se cantaba en la capilla Pontificia, y en cuya portada se leía: *Motete de Giovanni Perluigi Palestrina, raso é famoso d'ammirabile studio ed armonia*. Dice el abate Baini en una preciosa obra publicada en Roma el año 1828, y deja probado, que el antedicho motete no era de Palestrina, sino de Morales.

Nació en Sevilla á principios del siglo XVI, desde donde, después de haber hecho sus estudios musicales, se marchó á París y Roma, regresando de su viaje en el año 1545 á desempeñar el cargo de maestro de capilla en la catedral de Toledo, con que, por su esclarecida fama y extraordinario mérito, había sido agraciado. En carta escrita por el mismo Morales, consta que en 1550 se hallaba en Marchena (Andalucía), sirviendo la plaza de maestro de la capilla musical del Duque de Arcos, ducado que hoy posee la casa de Osuna.

Cuanto se dice de las circunstancias de la vida de Cristóbal Morales, de sus viajes por varios países, de su residencia en Roma, todo queda consignado en las anteriores líneas. Se ignora la época y lugar donde acaeció su muerte. Mucha paciencia, mucha sagacidad serían

menester para reunir datos completos sobre la vida de algunos de nuestros ingenios. No hemos sido los españoles muy solícitos en curiosear nuestros archivos; gran parte de éstos han perecido ya, pérdida irreparable; los explorados lo fueron sólo por los historiadores eclesiásticos ó por la interesada voracidad de los genealogistas. Los bienes de *manos muertas* pasaron á sus poseedores; los documentos referentes á ellos y á las personas á quienes pertenecieron, quedaron condenados á una verdadera amortización.

Pero la casualidad viene á aminorar un tanto nuestras quejas en la ocasión presente. Nada se ha descubierto respecto á la historia particular de Morales, á las fechas de su nacimiento y muerte, y sin embargo, presunimos haber hecho conocimiento con su persona. En la capilla Pontificia de Roma existe un retrato suyo de medio cuerpo. De él conservan una magnífica copia sacada del original por el Sr. Maureta, los herederos del inolvidable maestro Es-lava, y no há muchos años se sacó otra copia para el Museo de Pinturas.

Mucho hemos hablado del hombre: poco espacio nos queda para discurrir sobre el compositor; aunque bien mirado, sería trabajo inútil cuando tantos lo han desempeñado cumplidamente.

El gran maestro no legó á ninguno de sus discípulos el secreto de sus incomparables dotes: tan personal y excepcional fué su estilo. Ninguno acertó á combinar las notas musicales como él, ni á impregnarlas de ese aire de misticismo y sentimiento religioso que tanto diferencia sus composiciones de las de todos los otros músicos; ninguno supo obtener, ni aun llenando el pentágono de deslumbradoras notas, la riqueza de melodías y el colorido mágico que él en muchas ocasiones obtuvo con cuatro compases solamente.

Aunque tenemos la lista de la mayor parte de las obras que produjo el talento músico de Morales, no la reproducimos aquí por falta de espacio. Algunas de aquellas incomparables melodías, ofrecerían hoy riquísimo caudal de inspiración á nuestros jóvenes compositores, quienes podrían estudiar en ellas cómo trató nuestro inmortal maestro los asuntos religiosos.

CÁRLOS GUAZA.

Los volcanes

Quando un volcán está en actividad, durante la erupción, hay convulsiones del suelo, y á veces terremotos horribles. Ahora bien; ¿todos los movimientos del suelo dependen de los paroxismos propiamente volcánicos?

Nó, sin duda. La corteza terrestre aparece repetidamente plegada en terrenos no conexionalos con las regiones volcánicas, y la geología no deja la menor duda acerca del particular. Enormes alteraciones de terrenos se han verificado este siglo en Caracas y en el Valle del Mississippi, produciendo permanentes cambios en la antigua hidrografía; y, sin embargo, nadie ha intentado probar que tales dislocaciones están relacionadas con los cataclismos de los volcanes.

Pero, si no todos los pliegues, anfractuosidades y movimientos del suelo pueden ser atribuidos á las fuerzas eruptivas, ni aun siquiera en la mayoría de los casos, apenas es concebible la erupción de un volcán sin temblores de tierra ó terremotos terribles. Y he aquí por qué la sismología no puede prescindir de la teoría de los volcanes.

¿Cómo no ha de haber convulsiones espantosas en un suelo que se abre; de donde brotan vapores en cantidades inmensas; de donde salen rios de rocas fundidas, nubes de escoria y de cenizas, agua hirviendo, y moles de lodo, todo en masas enormes capaces de formar montañas; ó donde se hunden islas, se ciegan estrechos y se disloca el fondo de los mares?

En 1538 se elevó á la altura de 440 piés en cuarenta y ocho horas el Monte Nuevo sobre el Lago Lucrino, después de padecer durante dos años continuos temblores todo el territorio de Nápoles. En 1669 se agrietaron los flancos del Etna; y, á través de enormes aberturas, se levantó el Monte Rossi hasta la altura de 450 piés. En 1759 se alzó en el valle de Méjico hasta 1,700 piés el Cono de Jorullo, cubriendo con sus lavas cerca de 3 millas y media. En los dos años de erupciones de Skaptaalokul (Islandia) la lava corrió en una dirección 50 millas, y 40 en otra, con anchos respectivamente de 15 millas y de 7, y un espesor medio de 100 piés, que

llegó hasta 600 en algunos sitios... vomitando una cantidad tan considerable de materias eruptivas, que hubieran podido sepultar á Lóndres bajo un cono tan alto como el Pico de Tenerife. Cálculos bastante aproximados estiman el vacío dejado para la salida de las lavas en 110 kilómetros cuadrados por 100 metros de altura; nada menos que 11 kilómetros cúbicos!

En 1815 las erupciones del terrible Tombaro en Sum-bava (islas de la Sonda) fueron más que suficientes para formar 3 montes del tamaño del Mont-Blanc. ¿Qué son, pues, comparadas con estas formidables eyecciones, las más violentas descargas del Vesubio, que sólo ascienden á un millón, ó millón y medio de metros cúbicos?

Los volcanes en general, ocupan determinada posición. Hallanse situados al lado del mar ó de considerables masas de agua; y los hoy extinguidos lo estuvieron en la vecindad de antiguos lagos ó de brazos ahora en seco de Océanos primitivos. Por manera, que esta especialidad de situación hace ver claramente que los pliegues y las dislocaciones del suelo en la inmensidad de los terrenos, no empujados junto al mar, no reconocen por causa las fuerzas eruptivas.

Las erupciones consisten en torrentes de rocas derretidas (flujos ó pastas); en la violenta eyección de nubes de escorias y cenizas acompañadas de grandísimas piedras; en torrentes de estos materiales mezclados con agua en cantidades tan enormes, que Las Moyas (así se llama en los Andes á estas erupciones de lodos), cubren á veces valles enteros y hasta tuercen el curso de los rios; en masas inmensas de vapor de agua, acompañadas de otros gases; y en imponentes chispas eléctricas, verdaderos relámpagos, observados ya por Plinio.

¿De dónde procede el considerable calor que funde las rocas eruptivas? ¿Por qué estas rocas están constituidas por determinados cuerpos, aun en las regiones más distantes? ¿De dónde procede la inmensa cantidad de agua que, especialmente en forma de vapor, aparece en las erupciones volcánicas? ¿Qué origina los gases compañeros del vapor de agua? ¿Cómo se producen las manifestaciones de electricidad?

Estas grandes cuestiones extrañan otras, todas complicadísimas, que han ejercitado los talentos más poderosos—Humboldt, Darwin, Daubeny, Scrope, von Buch, Lyell, Mallet... y últimamente los italianos Stoppani y Rossi...—de modo que la literatura referente á los volcanes es hoy muy rica, y las teorías emitidas muy numerosas, por haberse ido modificando las doctrinas primitivas al compás de los nuevos descubrimientos y de los últimos grandes adelantos; por lo cual no es obra fácil ni ligera desentrañar el definitivo credo de los sábios.

Lo que con mas facilidad recibió explicación fueron las manifestaciones de la electricidad. Desde la invención de la máquina hidro-eléctrica de Armstrong, se ha visto en los relámpagos de los volcanes una potente producción de la electricidad de frotamiento en la escala colosal correspondiente á las más activas fuerzas de la naturaleza; y, con efecto, el roce de los glóbulos del vapor de agua con los demás materiales eruptivos dá razón suficiente del un tiempo inexplicable fenómeno.

Pero ya no ha sido tan fácil dar cuenta de la composición de las rocas eruptivas; por lo cual ha habido que elaborar cuidadosamente una hipótesis bastante compleja, conocida con el nombre de *Teoría de la oxidación subterránea*.

Segun ella, á la profundidad de pocas millas, el interior de nuestro planeta contiene en abundancia los metaloides alcalinos, hierro y otros metales, azufre y sales de azufre... y, por consecuencia, ocurridos en clases de fenómenos.

La humedad del aire, y el aire mismo, generan lenta producción de gases (nitrógeno, ácido carbónico, hidrógeno sulfurado...) que se elevan á la superficie del terreno, y salen en los manantiales y con las aguas termales; á veces á una temperatura muy superior á la normal.

Pero bajo el mar, y á lo largo de las costas donde los agrietamientos del fondo han de ser numerosos, el agua puede tener acceso hasta las sustancias metálicas y los metaloides, y generarse los fenómenos rápidamente y con enorme intensidad. El agua marina se descompone al contacto de esas sustancias; el agua cede su oxígeno á los metaloides; el hidrógeno liberado se combina con el azufre en parte, y en parte con oxígeno procedente de la atmósfera, fórmase hidrógeno sulfurado, y reconstitúyese agua. Así se aísla el azoe, y éste puede ya salir libre ó constituir el amoniaco con el hidrógeno y el cloro del agua marina..., etc., etc.

A grandes rasgos, esto es muy admisible; pero, cuando se trata de explicar casos concretos, la hipótesis de la oxidación subterránea encuentra dificultades de gran consideración.

Suponiendo grandes masas de vapor y temperaturas muy elevadas (que no hay dificultad en admitir, puesto que el calor de muchas lavas ha podido fundir la plata), se tiene ya la potencia necesaria para explicar las erupciones. Una columna de lava de la altura del Pico de Tenerife, puede ser equilibrada por el vapor a menos de 500°; y con temperatura de sólo 350° ya puede adquirir el vapor la tensión necesaria para lanzar, como el Vesubio, grandes piedras hasta tal altura, que tardan once segundos en caer al nivel del cráter.

El vapor de agua en masas considerables tiene, pues, bastante fuerza para agrietar el suelo, conmoviendo, lanzar nubes de escorias y cenizas, llenar los tubos de los cráteres con rocas fundidas que estén subiendo y bajando en ellos según las fuerzas del vapor y de los gases que lo acompañan; hasta que, al fin, cuando el vapor y los gases no puedan abrirse paso a través de las columnas de lava, hegan que éstas rebosen por lo alto de cada cono, ó rompan los flancos de la montaña donde se han establecido los canales de la erupción ascensional. El cálculo da como muy factible que en la erupción del Kotugaya (Islandia), fueran lanzadas a la altura de 8 kilómetros las escorias candentes del volcán; que el Etna y el Vesubio hayan arrojado proyectiles de 100 toneladas a 7.000 metros de distancia; y que el Cotopaxi una vez mandase a 9 millas de su cráter una mole de lava del enorme volumen de 10.000 metros cúbicos.

Pero la verdadera dificultad del problema no está en la explicación de estos fenómenos, de importancia capital verdaderamente, aunque de segundo orden junto a la del origen del calor causa de la fusión de las rocas eruptivas y de la tensión espantosa del vapor de agua y de los gases.

Las regiones volcánicas de los Andes han hecho suponer un vasto sistema de actividad subterránea; y con grandes visos de razón se han atribuido las perturbaciones de las cordilleras a un inmenso mar interno de roca fundida, situado bajo una parte muy considerable de la América del Sur.

A medida que se baja al interior de la tierra la temperatura va aumentando. El calor á que los cuerpos han de estar sometidos á profundidades comparativamente pequeñas habia hecho pensar á muchos geólogos que la corteza de la tierra no debería pasar de 60 millas ó 70. Darwin casi demostró que el terreno volcánico de la América está cubierto de sólo una capa sólida de unas 20 millas de espesor. Pero por otra parte, los trabajos matemáticos de sábios insignes, á cuya cabeza se hallan los de Hopkins, tienden á establecer que el espesor mínimo de la corteza terrestre ha de ser como de un cuarto ó un quinto del radio del planeta; es decir, como de 1.200 á 1.600 kilómetros; de manera que, para conciliar los unos resultados con los otros, se llegó á sentar que los lagos subterráneos de materias fundidas deben hallarse en enormes cavidades situadas en el grueso de la corteza terrestre y á profundidades del suelo de 20 millas como mínimo á 70 como máximo.

Así, pues, para estos sábios, una porción de materia más fusible que la masa general del globo existe en estado de fusión cerca de los mares ó debajo de los mares en oquedades inmensas ó inmensos recipientes subterráneos, aislados unas veces y comunicantes otras entre sí por canales más ó menos dilatados y expeditos.

Pero, ¿de dónde procede el inmenso calor que funde las rocas?

Ecco il problema.

EDUARDO BENOT

FICCIONES Y REALIDADES

Yo no sé por qué algunos naturalistas quieren conceder á la especie humana, sacándola del reino animal, los honores de reino aparte. Esos señores, que sin duda han visto el mundo por un agujero, no saben ó no quieren saber que, á pesar de nuestra humana apariencia, somos casi dignos de figurar en las últimas falanges de las clasificaciones zoológicas. Los moluscos, los zoofitos, seres cuya organización es muy rudimentaria, y cuyo principio animico ó vital (que esto no quiero cuestionar) debe estar muy ajeno de sí mismo, no distan tanto de nosotros, á quienes sobra vanidad y faltan méritos. Y no se crea que son éstas exageraciones hijas del capricho ó de la prevención; tengo pruebas con que demostrar la verdad de mis palabras, y permítaseme que para este fin trace aquí en cuatro rasgos una historia.

Yo tenía un amigo, y digo tenía, porque se murió. Mi amigo no murió de enfermedad conocida, murió, porque á propósito cual ninguno para vivir en paz santa con el ser humano que nos pintan, no servía ni podía servir para hacerlo con el ser humano de la realidad. No parecía si no que cosas muy estupendas respecto á nosotros debieron haberle dicho, cuando para venir aquí hizo tan completo acopio de prendas morales.

Era franco, sincero, generoso, noble, y de tal manera estaba enclavado en su corazón el deseo del bien, que hubiera querido envolver en estrecho lazo á los seres todos para fundirlos en la supremacía del bien universal. En cuanto á fuerza de voluntad y á independencia de carácter, era todo un hombre. Y no digamos nada de su talento. Parecía que el cerebro aquel había sido creado de intento para exclusiva mansión de la verdad. Los más encoquetados principios de la ficción, los intrincados problemas de la ciencia entraban allí sin el menor obstáculo, como Pedro por su casa. Bajo el punto de vista artístico, su facultad creadora era tan poderosa, que yo considero como verdad dogmática que el arte en persona había tomado carta de naturaleza, en su fantasía para torturar mi espíritu con el vértigo de la perpetua contemplación de lo sublime. El llegó á darse con la suya, si son ciertas mis sospechas, pues era perfecto tipo del ser humano, tal como lo soñamos todos. Pero el bueno de mi amigo no había contado con la huésped. Cuando de los elevados conceptos de la más refinada metafísica y de lo vago y sutil del ideal tuvo por triste suerte que descendiera á lo concreto, prosaico y á veces insoluble de los problemas del estómago, y cuando la misteriosa ley de atracción moral, la simpatía, deslizó en su corazón dos sentimientos, la amistad y el amor, que le llevaron como por tren expres á la amarga realidad, siempre llena de desencantos; en una palabra, cuando mi hombre tuvo que lanzarse de lleno al mundo y traducir en hechos su ser moral, hubo de trabarse la lucha más reñida y más titánica que historias y romances nos han contado. Luzbel rebelado contra Dios, las terribles conmociones de los primeros tiempos del planeta, según los geólogos noveleros, no podrían dar idea de aquel terrible combate en que la moral y la razón pura, sin mixtificaciones de ninguna especie, después de tomar posiciones formidables en el fuero interno de un individuo, sufrieron el terrible ataque de sus insociables rivales y falsificadores, el convencionalismo y la preocupación.

De un lado estaban la energía y el valor, de otro el ardor y el número. Eran antiguos enemigos y muy de antiguo probados. Su inextinguible rencor, causa de eterna pugna que no había smontonado jamás un contingente tan poderoso, hizo la lucha interminable.

Y pasó lo que tenía que pasar: que mi pobre amigo, patricio aduc en mal hora de unos y enemigo acérrimo de otros, pagó los viejos rotos en aquella zambra.

La vida se hizo para él una especie de concertante de todos los dolores y desdichas, y cuando, extenuado ya, quiso volver por los fueros de sí mismo expulsando de su seno á amigos y enemigos, vió triste ó alegremente, lo cual es cosa que ignora, su cuerpo, extenuado también, iba á cerrarle por completo las puertas del mundo de lo sensible.

Entonces me llamó, y con el elevado estilo que le era peculiar, y del que no puedo traer aquí ni el más humilde reflejo, vino á decirme, haciendo el resumen de sus ideas y de su existencia:

—Yo no me explico de dónde sacan aquí, donde todo es ficticio y trivial, tanto himno, tanta alabanza para nuestra especie, ni quién ha inventado que nuestras únicas aspiraciones son el bien, la belleza y la verdad. Así como la forma y la gravedad humanas desaparecen bajo el extraño conjunto del traje dictado por la caprichosa moda, extravagante y churriguera á veces, pero ridícula siempre, así el verdadero fondo moral y las manifestaciones de nuestro ser, que no debían tener más fuentes que su propia naturaleza y su razón, se ven falseados y sustituidos por otro fondo y otras manifestaciones impuestas con verdadera extravagancia y ridículo por la ley de la imitación ciega.

Y no sólo suele ser ficticia la piedra que brilla, la seda que se ostenta, la hermosura que deslumbra, la amistad y el amor que se juran, sino que, falsos y ficticios, son de ordinario el talento, la ilustración, la probidad, la honradez, la virtud que señala el mundo como modelos, y aun los mismos desvarios y faltas que vituperan y persigue con exagerado escándalo. Y desde la razón, que olvidando su origen divino se humilla ante las conveniencias, hasta la decantada moral que abriga á veces el crimen y sofoca otras las más legítimas aspiraciones, no son verdaderas, como no lo es la amabilidad con que se nos distingue en el trato social, lleno de fórmulas, tan depresivas para la propia iniciativa, de adulaciones, de hipocresía, de tajezas; ni lo es tampoco el puro goce, la dulce tranquilidad del santo hogar de la familia, semillero á veces de discordias, rivalidades y áun dramas verdaderos que si en catástrofes no terminan es porque no todo el que provoca dramas suele ser capaz de hacer frente á su catástrofe. Y si la verdad se oculta y la inteligencia se anula, no vale la pena de hablar tanto de ella, de nuestro libre albedrío, de nuestras supremas aspiraciones y de ese sentido íntimo á que se llama conciencia.

Se bosqueja al ser humano bajo un ficticio tipo, conjunto imposible de las cualidades extra de una exigua minoría, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, allí, desde el antropófago al gomoso, se encaja y sintetiza la especie entera. Al que tal oyo se le figura que el mundo debe marchar en procesion solemne á la ansia-

da conquista de sus ideales, y el mundo, que no los tiene, vive en perpétua trivialidad, se muere sin conciencia alguna, y sólo se acuerda de sus facultades cuando ridiculiza, excomulga y cuelga oneroso sanbenito al que toma á su cargo la gigantesca empresa de hacerse independiente y dirigirse contra todo viento y marea en busca de tierras de promisión.

¡Ay del que se atreve á poner las cosas en su lugar, á llamar á cada uno por su nombre, á decir la verdad, en fin! Se le agobia, se le persigue, se le acusa hasta dar con su santo en el suelo; y yo, que he cometido tan horrendo crimen, he tenido que sostener sin igual batalla, que afrontar todos los desprecios, todas las vejaciones, todos los ridículos, y no sé si muero por consunción, falta de ambiente y herido de ingraticitudes, ó empacho de tanta puerilidad y absurdo. Buscaba campo á mi ser, y he venido á dar en estrecho cuchitril. Mas me hubiera valido encarnar, si allí se encarna, en las algas y conchas que viven gozando de la inmensidad en los abismos del Océano.

Y no dijo más, porque se murió.

Yo me impresioné. Sí, señor; ¿por qué no ha decirlo? Me hizo sombrío, taciturno, y una insoportable tristeza se apoderó de mí; pero como Dios no me ha echado por los caminos de las filosofías y de los florilegios, di pronto al traste con todo aquello, sin quedar en mi otro rastro que una antipatía invencible hacia nuestra pretendida superioridad, y la convicción profunda de que es un tonto el que toma el mundo en serio.

José C. Cruz

LA CUERDA DE CAÑAMO

Novela original

(Continuación.)

—Y como digo,—continuó Juan,—la niña estaba *encalibrada* por él, se *emperró* y... hubo que casarlos á toda prisa. Pero anda, que á los quince días el amo había *guelto* á las *andás*, y la señora, llorar y más llorar porque no la hacía caso. Quiso la familia traerle á buen camino y... que si quieres. El fué y qué hizo, echó una solicitud pidiendo venir voluntario á la guerra, y por aquí estamos ya va á hacer un mes. Maldito si ha escrito una carta á la señora en *toito* este tiempo. Y eso que ha *recibío* más de tres de ella, que las he *conoció* en la letra del sobre.

—Juan,—gritó el Comandante desde el portal,—una luz.

El pobre muchacho se estremeció, como si oyera la trompeta del Juicio final.

—Allá voy, señorito,—contestó muy azorado,—mientras acercaba un enorme velon de aceite á la llama del hogar.

—¿Despachas, hombre?—preguntó con impaciencia su amo.

—Ya está,—repuso Juan.—Y salió con el velon, en tanto que el Comandante, viendo á Marieta sentada en el hogar, entró en la cocina.

—Buenas noches, Marieta. ¿qué se hace?

—Nada, señor; esperando á mi padre que ha ido al Ayuntamiento para eso de las raciones de la tropa. ¿Y V. viene de paseo?

—Sí. He ido más allá de esa *masía* que hay en el camino de Gerona, donde vive su amiguita de usted, y se me ha hecho tarde. ¡Qué sitio tan agreste y solitario! ¡No sé como hay quien viva en él! Y menos en este tiempo de guerra.

—Pues lo que es Marta,—replicó Marieta,—no tiene miedo alguno, y eso que muchas veces, á su padre, como ha sido arriero y conoce muy bien estos sitios, le hacen salir de guía con la tropa, ó á llevar partes, y se queda ella sola más de una noche con la vieja Ramona, que duerme como un lirón y aunque se hundiese la casa yo creo que no sentía. Es verdad que guarda la casa un perro *muy bravo*, que ha muerto á más de un lobo en la montaña.

El Comandante se quedó pensativo un rato, y luego dijo:

—¿Quiéren Vds. acompañarme á cenar? Voy á ver qué *bazofia* me ha aderezado este mocito.

—Muchas gracias,—contestó Marieta.—Su madre siguió dormitando; ni había oído ni visto al alojado.

Vida por honra

I

¡Qué contenta está Marta! Y es para estarlo. Jusepet, más cariñoso que nunca, le ha pedido perdón de sus barbaridades del otro día, y á ella le ha faltado tiempo para concedérselo. ¡Es tan grato perdonar los celos á la persona amada! Tan satisfecha quedó de la entrevista, que para premiarle, premio que tal vez mayor para ella misma que para él, le ha dado una cita, y mañana... muy tempranito... mucho antes de que amanezca, vendrá al pie de la ventana á hablar con ella. Segura

está de que le traerá un ramo de frescas flores, humedecidas por las brillantes gotas del rocío.

Canta que te canta, á una cancion sigue otra; y la enamorada jóven sólo da treguas á sus canciones para pensar en su Jusepet. ¡La verdad es que no hay otro más guapo ni más gallardo en el pueblo! ¿Y qué airoso al andar! ¡Con la barretina inclinada un poquito á la izquierda! No ¡hay otro que se la ponga con la gracia que él, ni á quien le siente mejor la ropa de los dias de fiesta! ¡Y cómo me quiere! ¡Vaya! ¡Y eso que más deseado que él por las mozas!... Dígalo Marieta.

Que funesta influencia tiene este nombre en Marta, que sólo al recordarle se extremece. Quiere cantar de nuevo para olvidarle, y un rumor confuso y creciente de voces y pisadas hiela la voz en su garganta. ¿Otra vez la tropa? ¡Si aún no hace tres dias que salió del pueblo! Y no hay duda; ya se divisan á lo lejos, envueltos en la misma polvareda que levantan, por el camino de Gerona, los soldados. Al frente de ellos viene el Comandante, montado en su brioso caballo negro.... ¡Hombre fatal! ¡Por qué no se habrá ido á los quintos infernos con sus soldados, y no que viene otra vez á ser causa de que Jusepet vuelva á atormentarme con sus celos! ¡Pero, señor! ¡por qué no les entumeceis las piernas á él y á su caballo, cuando se le ocurre venir al pueblo? Marta, tan triste ahora como antes alegre, se retira de la ventana y la cierra con fuerza; se sienta en su baul, oculta el semblante en las ropas de su lecho, y para dar desahogo á la opresion que siente en su interior, llora.

Las voces, conversaciones y canciones de los soldados se oyen ya bajo la ventana de Marta. Suena un toque de corneta, la tropa hace alto y los soldados rompen filas, y con el bullicio y algazara que le son habituales, los unos entran en la *masía* para llevar de vino sus botas, y comprar tocino, huevos y chorizos para aderezar la cena en cuanto lleguen al pueblo, y otros ménos previsores, forman grupos en la carretera, ó se requeistan en los ribazos próximos al camino.

El Comandante se apea de su caballo, pide á un sargento recado de escribir, entra en la *masía*, se sienta junto á una mesa, y á la luz de un candel que trae el Sr. Valero, porque ya está anocheciendo, escribe. Así que concluye, cierra el pliego, pone en el sobre la direccion, y encarándose con el padre de Marta, le dice:

—Buen hombre, dentro de media hora se pone usted en marcha y entrega este pliego al Comandante Militar de Gerona. Pena de la vida si antes de que amanezca no está en su poder.

—Pero, señor,—le suplicó Valero,—voy á dejar sola mi casa y mi hija. El pueblo está á un paso, allí puede V. encargar á otro que lleve este papel.

—No admito réplica. Lo antes posible se pone usted en camino.

Valero subió á decir á Marta que cerrara bien la puerta en cuanto se marchara la tropa, y que él solitaria á Leal para que guardara la casa.

El Comandante mandó tocar llamada. La tropa formó y se dirigió al pueblo. Ya era de noche. A poco rato el Sr. Valero tomaba el camino de Gerona, con un ferrado garrote en la mano.

II

Dieron las diez en el reloj. Patrones y alojados se retiraron en la casa del alcalde á sus habitaciones, y despues de los últimos rumores de cerrar puertas y echar cerrojos, todo quedó en tan profundo silencio, que Marieta, tendida en su lecho, oía clara y distintamente los violentos latidos de su propio corazón, cual fuertísimos aldabonazos que á las puertas de su perturbada conciencia dieran los rumores de Gerona. Tenia vagas sospechas de que, en aquella noche, iba el Comandante á ser el instrumento de su venganza con su aborrecida rival.

Poco despues de llegar al pueblo el Comandante, pudo observar Marieta, que recatándose de todo el mundo, habia salido de su alojamiento y tomado el camino que por delante de la *masía* pasaba. Al cabo de una hora habia vuelto. Ella le miró con disimulo, y en su contraido y pálido semblante conoció que venia muy preocupado. Y eso no fué todo; tambien habia notado desde la escalera que conducia al primer piso, y que estaba frente á la entrada de la cocina, que el Comandante, creyendo que nadie le veia, fué cautelosamente á ésta y cogió la llave de la puerta de la calle que en un clavo acababa de colgar hacia poco el padre de la jóven.

Impresionada por tales observaciones, en vano daba Marieta vueltas y más vueltas en su lecho para conciliar el sueño. Los estremecimientos nerviosos que agitaban con frecuencia su cuerpo, eran á la lucha interior que sostenia en su alma encontrados sentimientos, lo que la espuma de las olas á los embates de la mar cuando la azota un

vendabal furioso, la huella insignificante que sale á la superficie. El anhelo y la satisfaccion satánica de una próxima y deseada venganza de una parte, y el horror de su misma conducta al procurar de un modo indirecto fijar la atencion funesta de un malvado en Marta, reñian en la vehemente Marieta ruda batalla, sin que la victoria se decidiese á favor de uno de los contendientes.

Un apagado rumor de pasos que oyó en el cuarto del Comandante, situado debajo del suyo, la dejó inmóvil por un momento; pero cuando el breve chirrido de una falleba y un ligero sonido de cristales le dieron á conocer que el alojado abria la venta de su habitacion, no fué dueña de sí, y como estaba, casi desnuda, descalza y con el pelo suelto, se arrojó del lecho y se dirigió á la ventana de su cuarto, y con la calenturienta frente apoyada en los frios cristales, cruzadas las manos sobre su agitado pecho, como si quisiera acallar los violentos latidos de su corazón, al compás de los que respiraba con fuerza, escuchó; y como nada oyó, quiso ver.

Estaba trémula, y sin embargo, abrió tan suavemente las vidrieras que no produjo el más imperceptible ruido. Se asomó. El Comandante, asomado tambien á su ventana, miraba á todos lados. Cuando se persuadió, sin duda, de que no habia nadie en la plaza, cerró cuidadosamente la ventana. El rumor de nuevos pasos llegó á los oidos de Marieta. Luego el rechinamiento de los goznes de una puerta. Al poco rato el producido por un cerrojo que se descorre suavemente. Y, por último, el de una llave al dar vueltas en la cerradura. La puerta de la calle se abrió, y el Comandante, despues de mirar á todos lados otra vez buscando las sombras que proyectaban las casas al ser iluminadas por la luz de la luna, echó á andar apresuradamente hácia el camino de Gerona.

El ángel de las tinieblas venció al de la luz en el corazón de Marieta. Anunciaron su victoria una extraña sonrisa, que dió un siniestro aspecto al rostro de Marieta, y un estremecimiento, ó más bien una convulsion, casi epiléptica, producida por un regocijo infernal en la jóven, que se asió febrilmente al alfeizar de la ventana, abalanzó fuera de ella su casi desnudo busto, y vuelta la cabeza hácia la esquina por donde desapareció el Comandante, no parecia sino que, desencajados los ojos, queria vencer los obstáculos que la distancia, la noche, el terreno y los edificios oponian á sus miradas para que se gozasen en la desdicha de Marta, y á que Marieta se deleitase en la contemplacion, hasta en los más insignificantes detalles de lo que indudablemente estaba sucediendo en aquellos instantes ó iba á suceder muy pronto en la solitaria *masía* del Coll. Un rayo de luna dando matices azules á sus negros y destrenzados cabellos, iluminando en parte y en parte dejando en sombra su bien modelado busto, y su preciosa garganta y seno, daban á la jóven un aspecto fantástico y extraño, que la hacian parecer un cuadro de Rembrandt.

¿Tardaría en volver el Comandante? Si volvía pronto era que habian fracasado sus propósitos, y entonces quedaba frustrada la venganza de Marieta. A poco de salir dieron las doce. Marieta oyó luego la media, y la una. ¡Ya debia haber llegado! Con qué impaciencia aguardaba á que de nuevo diese el reloj y contaba las campanadas. ¡Si hubiese podido sobornar el tiempo! ¡La una y media! ¡Las dos, las dos y media! ¡Tenia tiempo ya de haber vuelto! ¡Oh placer! ¡Tal vez en aquel momento se consumaba su venganza! ¡Cada segundo transcurrido era una certidumbre más!

Cuando oyó dar las cuatro no pudo reprimir un salvaje grito de alegría. ¿Qué duda habia ya? Marta estaba de acuerdo con el Comandante. Este habia salido antes á fijar la hora de la cita. ¿Y era aquella mujer la preferida por Jusepet? ¡Quién pudiera decirle á éste lo que pasaba! Sufriera mucho, es verdad, pero el mismo exceso de dolor le curaría de su pasion y... ¡Ah! ¡entonces sabria apreciar la diferencia entre ella y Marta! ¡Entonces comprenderia que ella sola le amaba y era digna de su amor!

LAS MENTIRAS CONVENCIONALES

DE LA CIVILIZACION

Inspirado en un desconsolador pesimismo, se ha publicado en Alemania un libro con este titulo, y en poquísimo tiempo ha llegado á la octava edicion. Nordau, su autor, si no logra convencer, sorprende y embelesa al lector por la originalidad de sus puntos de vista y la brillantez y delicadeza de sus observaciones.

La humanidad que, como Fausto, va siempre en busca de la ciencia y de la felicidad, nunca ha estado tan lejos de ellas como ahora. Verdad es que la instruccion y la civilizacion se propagan y se im-

ponen á los pueblos más salvajes; que donde ayer reinaba la oscuridad, hoy centellea el sol; que diariamente aparece un nuevo y maravilloso descubrimiento que hace más habitable la tierra y más soportables las dificultades de la existencia; pero á pesar de este crecimiento de las condiciones de bienestar, la humanidad de dia en dia está más descontenta y más irritable. El mundo es una inmensa sala de enfermos, cuyos gemidos llenan el aire, y que se agitan en sus lechos de dolor, sin encontrar remedio. Si de puerta en puerta se va preguntando por la felicidad, por la paz de espíritu, en ninguna parte se recibe respuesta afirmativa; si se presta oído á los rumores que trae el viento, se oye resonar el choque de armas, la violencia de los motines, el grito de los oprimidos.

En Alemania, el socialismo, con sus mil dientes, roe las columnas que sostienen el edificio político y social, y nada detendrá un solo instante la obra de destruccion de los infatigables roedores. Bajo el nombre de *antisemitismo*, se cobija el odio del proletariado contra los ricos; bajo el nombre de *patriotismo*, el afán de conquistas y de dominacion. El hambre arroja al otro lado de los mares á millares de trabajadores; es la sangre de la patria que se evacua por la llaga benéfica de la emigracion.

En Austria Hungría, diez nacionalidades diferentes están en lucha unas con otras y procuran hacerse el mayor daño posible. En cada provincia, en cada aldea, la mayoría destroza á la minoría, y donde ésta se siente incapaz de resistir, finge someterse con la rabia en el corazón y el deseo en la mente de destruir el Imperio, como único medio de salir de una situacion intolerable.

Rusia parece haber retrocedido á la barbarie primitiva. La administracion ha perdido allí todo sentimiento de interés general; el empleado solo aspira á satisfacer sus apetitos, y todos los medios se le antojan buenos: la concussion, el robo, la extorsion. Los más instruidos buscan en la desesperacion una enganza suprema. Exponen cien veces sus vidas para producir por la dinamita, el puñal, el revólver ó el incendio, un caos sangriento, que juzgan antecedente necesario á la construccion del nuevo edificio social. Y mientras los hombres de Estado buscan remedio á estos males, las masas populares matan á los judios, saquean las sinagogas, y miran con envidia los castillos de los señores.

En Inglaterra el suelo aparenta estar algo más sólido; pero, si se aplica el oído á la tierra, se la siente temblar, se oyen los golpes sordos de los gigantes de las profundidades subterráneas que derriban con la piqueta los muros de su prision. Los obreros piden su parte en el capital y en el suelo: forman asociaciones de librepensadores y de republicanos, y enseñan el puño, en señal de amenaza, á la monarquía y á la aristocracia. Quien lea, el porvenir, no en la superficie de una taza de café, sino en los ojos del proletario británico, lo verá sombrío y preñado de grandes borrascas.

La mal arraigada monarquía italiana resiste con dificultad y á duras penas la ola siempre creciente de las ideas republicanas. Los desgraciados trabajadores, acosados por la fiebre y devorados por la pelagra, emigran á millones, y lo que no lo hacen, venden el sudor de su frente por 50 céntimos diarios. La juventud se propone por ideal la unidad completa del país, y se hace *irredentista*. El bandolerismo y el fanatismo religioso, son las llagas incurables de este pueblo.

Tambien Francia presenta no pocos síntomas alarmantes, no escasos gérmenes de enfermedad. En todas las esquinas de las calles de las grandes ciudades, oradores populares predicán la reparticion de bienes y proponen el petróleo como medio para llegar al fin. El cuarto estado se prepara, ora ruidosamente, ora en silencio, á apoderarse del gobierno y á arrojar á la burguesía del poder, de los empleos, de las prebendas y del Parlamento.

No es menester hablar de las naciones pequeñas. El nombre de España evoca el recuerdo del carlismo y el cantonalismo. En Noruega, la monarquía y la representacion nacional están en conflicto permanente, conflicto que concluirá con el establecimiento de una república. Dinamarca tiene su partido rural y sus crisis ministeriales crónicas; Bélgica su ultramontanismo...—Todas las naciones, grandes ó pequeñas, fuertes ó débiles, padecen sus enfermedades y creen encontrar un alivio sacrificando millones en el altar del militarismo, como otras veces los señores imaginaban sanar de una dolencia grave ofreciendo sus bienes á la Iglesia.

Este malestar y esta inquietud se manifiestan

igualmente en todas las fases de la vida y en todos los dominios del espíritu (literatura, ciencia, religión, política, etc.) y no tienen ni pueden tener otra causa que el conocimiento claro y preciso de lo que se cree la verdad, comparado con las mentiras en medio de las cuales vivimos.

La civilización moderna, en efecto, está compuesta de mentiras en todos los órdenes de ideas. La ciencia nos enseña por modo cierto que el hombre es un animal como los otros, que sufre las leyes fatales de su organismo y del medio en que vive; los hombres cultos saben que se oponen límites infranqueables al descubrimiento de las causas primeras, y que, por tanto, es inútil investigarlas; es evidente para todo el mundo que la lucha por la existencia domina y rige todas las relaciones sociales, y que es la única razón de ser de nuestros actos; estas ideas, estas certezas, hieren nuestra vista, pero fingimos creer todo lo contrario, enseñamos a los niños lo que sabemos que es completamente falso, y de continuo presenciarnos el espectáculo de hechos y de teorías en radical contradicción con lo que reputamos verdadero. ¿Qué tiene de extraño que estemos disgustados de esta existencia falsa y mentirosa, y que lleguemos a despreciarnos a nosotros mismos, como el cómico cansado del papel que representa?

Después de esto, entra Nordau en una serie de reflexiones sobre la religión, que omitiremos casi por completo, para fijarnos de preferencia en lo concerniente a la vida política y social. Para el escritor alemán, la dificultad está en elegir por lo que toca a mentiras piadosas. Los periódicos oficiales y semi-oficiales anuncian, salpimentándolo con observaciones más ó menos ingeniosas, que el gobierno chino amenaza destituir al dios que no ha tenido cuenta de ciertas necesidades del país; el dios que no ha hecho que llueva, por ejemplo, ó que no ha otorgado la victoria a las tropas imperiales. Y los mismos periódicos publican en el mismo número, en la primera columna, un decreto del gobierno, que, como el de Inglaterra después de la batalla de Tel-el-kebir, manda dar gracias a Dios en un día determinado por la victoria que consiguieron las tropas inglesas. ¿Qué diferencia hay, en el fondo, entre un decreto que destituye un dios nacional porque ha consentido los estragos de una epidemia, y la orden del gobierno inglés de dar testimonio público de gratitud a Dios porque se ha mostrado amigo de John Bull y enemigo de los árabes, cuya derrota ha permitido?

En su forma presente é histórica, la religión es la hipótesis indispensable de la monarquía. La religión puede ser una institución de Estado, aun en una república, pero es absolutamente imposible concebir una monarquía sin religión. Puede suponerse un hombre de una naturaleza poderosa, enérgica, que se apodere del gobierno y mantenga los habitantes de un país en el respeto por su prudencia y su firmeza. En tales circunstancias el dominador puede dejar de invocar a Dios, si sus puños le bastan.

Pero la situación del usurpador cambia desde el momento en que quiere transmitir la corona a un heredero. Entonces se presenta la religión como protectora. Conocidísimo es el origen del poder de César, y por eso precisa oscurecerlo con incienso. Y el sacerdote, dirigiéndose a la multitud, dice: «El hijo débil y desmedrado jamás hubiera podido por sí sólo forjarse una corona; heredará la de su padre, fuerte y poderoso, porque así lo quiere Dios.» Pero la razón no acepta sin protestar que un cobarde y un incapaz mande a grandes generales, que un hidalguelo ignorante, que no entiende aún su lengua materna, sea nombrado protector de Academias y Universidades. ¿Vá a dictar la ley y a decidir de la vida y la muerte de los acusados, un criminal? ¿Un cerdo inmundo, perdido por la lujuria, podrá hacerse remunerador de la virtud y del mérito? ¿Con qué derecho? Como no es posible encontrar respuesta racional a estas preguntas, no queda más remedio que recurrir a aquella, inmutable y estereotipada, de: «Dios lo quiere.» Es un medio cómodo de apartar toda curiosidad indiscreta y toda crítica.

¿Significa esto que la república, por la sola magia de su nombre, es superior al régimen monárquico? Media gran diferencia entre el nombre y la cosa. La república no es el primer fin que tiene que realizar una sociedad, sino el último. Si se desea ver un progreso y una verdad en la república, es menester suponerla acompañada de una serie de instituciones sociales, económicas y políticas, completamente distintas de las que ahora existen. De otro modo, la república será un juego indigno, una verdadera come-

dia. Las conmociones políticas contemporáneas que transforman en república una monarquía europea, recuerdan aquellos apóstoles la Edad Media que daban nombres cristianos a los pueblos convertidos, y les dejaban sus antiguos dioses y las costumbres de su antiguo culto. Todo lo que no sea una destrucción radical y completa del orden social presente, es una mascarada política, donde la monarquía se disfraza de república y ejecuta, con cierta gracia, las danzas democráticas.

Rusia y Turquía son las únicas naciones europeas donde existe el absolutismo, que es la única forma lógica de la monarquía. Las demás naciones, no republicanas, están en contradicción consigo mismas por la constitución de sus gobiernos.

El constitucionalismo condena a la mentira y a la hipocresía a todos los que representan un papel en su comedia. En Inglaterra, en Bélgica, en Italia, donde el parlamentarismo es una verdad, y la realeza un simple decorado exterior, las leyes mienten cuando dicen: «Por la voluntad del rey,» porque las leyes emanan de la voluntad del Parlamento, y son promulgadas con la voluntad del rey ó sin ella. Los ministros mienten cuando se sirven de la fórmula habitual: «De orden de S. M. decretamos esto» ó «abolimos aquello,» porque todo el mundo sabe que el rey no manda nada y que, al fin y al cabo, no tiene más remedio que someterse a las decisiones del Parlamento. El rey miente cuando, dirigiéndose a los representantes de la nación, emplea la primera persona del singular, porque el discurso de la corona no es la expresión de su propio pensamiento. Los ministros ponen en su mano este discurso, y él lo lee como el fonógrafo repite las palabras. Miente también cuando afirma que el presidente del Consejo es el hombre de su elección, digno de su confianza, porque no depende de él elegir tal ó cual persona que sería de su agrado; acepta el elegido por la mayoría de los representantes de la nación.

Nunca se acabaría si se quisieran enumerar todas las mentiras de la política. El Estado se reputa como protector del ciudadano, de la familia y de la propiedad; pero esto también es una ficción. Tomemos, en medio de la civilización moderna, un hombre cualquiera a la edad en que sus padres reconocen la necesidad de cultivar su espíritu. Se le envía a la escuela. Para que lo admitan, es menester la partida de bautismo, sin duda para tener la prueba indiscutible de que ha nacido. Al salir de la escuela, siente el joven vocación por una profesión liberal; imposible consagrarse a ella. El Estado exige, bajo la forma de diploma ó título, derechos que solo los privilegiados de la fortuna pueden satisfacer. Se hace zapatero. A los veinte años desea perfeccionarse en su arte, y, al efecto, emprender un viaje corto. Imposible de todo punto: su persona pertenece al Estado; tiene que pagar la contribución de sangre, que hacerse una especie de autómatas sin voluntad propia.

Cierto día, ya hecho todo un soldado, se enamora Juan de Juana, y no queriendo vivir con el objeto de sus ansias como viven sus compañeros, desea casarse. Pero un soldado no es un hombre: es menester esperar a que abandone su abigarrado traje. Sólo entonces tiene, hasta cierto punto, derecho para realizar sus proyectos matrimoniales. Hasta cierto punto, porque para llevar a cabo acto tan importante es menester proveerse de un voluminoso legajo de papeluchos, que no se consiguen sino con grandes desembolsos. El menor papel que falte ó el más pequeño error, lo echa todo a perder y lo inutiliza.

Al fin se vencen todas las dificultades, y Juan llega a ser marido de la señora de sus pensamientos. Quiere establecer un pequeño comercio, un despacho de vinos, por ejemplo. Necesita el consentimiento de la policía. Si desea derribar su casa: «No toques a ella, le dice la policía, antes de que yo te haya dado permiso.» Y, al fin, esto se concibe, porque la calle es de todo el mundo. Pero su huerto, lejos de la ciudad y al cual se llega por senderos que no pisará un extraño, cualquiera creará que es completamente suyo y que puede construir en él lo que le parezca; pues también allí necesita permiso de la autoridad. Tiene una tienda y no experimenta necesidad de descansar los domingos; pues allí está la policía para obligarle a cerrar y a tomar un descanso que no reclama.

Si Juana da a Juan un heredero, se presentan nuevos tormentos. Es menester ante todo inscribir la criatura en el Registro civil, y después vacunarlo, aunque esté probado que muchos vacunados han muerto de viruelas.

Se apropia un vecino parte del huerto de Juan. La

injusticia es evidente y la prueba fácil. Juan se queja, y después de muchos meses de pleito y de procedimientos se le reconoce su derecho. Pero su adversario es insolvente, y Juan tiene el honor de pagar las costas, que valen mucho más que el terreno injustamente usurpado.

El desdichado Juan se queda viudo. Sus asuntos han ido de mal en peor, y ya le tenemos tan pobre como Job. Véase en la necesidad de pedir limosna. La vigilante policía, que está ojo alerta, le hace condenar a algunos días de cárcel. Juan invoca sus antecedentes, explica las causas de sus infortunios, pregunta lo que hará al salir de la prisión, una vez que la edad y las enfermedades le impiden trabajar; se le contesta que siempre le quedará el recurso del hospital. Pero como en el hospital no se admite a nadie sino con la seguridad de poderlo mandar pronto al otro mundo, Juan tiene que entrar en uno de esos asilos de ancianos donde se les viste con una especie de traje de presidiario. Se pone triste. Un día de paseo, negras ideas asaltan su mente; pasa revista a todas las vicisitudes de su amarga existencia y concluye que la muerte es preferible a la vida. Como se encuentra sobre un puente, se arroja al agua. La inevitable policía está allí presente para contrariar sus intenciones. Se le acusa de suicidio frustrado y se le condena a prisión. Afortunadamente para él, la zambullida le ha producido una pulmonía, que le lleva a la tumba en poco tiempo, lo cual proporciona a la policía ocasión para incoar un nuevo proceso.

En resumen, que el Estado no protege a los ciudadanos. ¿Quién tiene seguridad de conservar intacto lo que es suyo? A pesar de las leyes, se roba y se saquea por todas partes. La hipótesis tácita de todas las leyes es que el ciudadano pertenece al Estado, forma parte de su propiedad exclusiva y personal, heredada de las antiguas tiranías. El empleado, el funcionario, no es nombrado por el pueblo: es un representante del poder de la autocracia gubernamental. Es el enemigo, el guardia, el carcelero de los ciudadanos. La gracia de Dios que forma la aureola del monarca reinante, se extiende también al funcionario público. Usa gota del aceite santo que ha servido para ungir al rey, ha caído sobre la frente del empleado.

Desde el punto de vista económico y social se encuentran las mismas mentiras; nuestra civilización económica es inferior a la de los pueblos agrícolas. La sociedad de los capitalistas, que ha hecho las leyes en su pró y en contra de los que no tienen nada, ha establecido como axioma indiscutible que el trabajo es una virtud, y que el único destino del hombre es trabajar. ¡El trabajo por el trabajo! ¿Es posible imaginar nada más contrario a la naturaleza? Todos los seres saben instintivamente que no deben trabajar sino para vivir ó para que vivan sus descendientes. El reposo es tan útil al hombre como a todos los animales, y cuando éstos se han procurado su alimento, duermen. La ociosidad, según nuestra moral social, sólo es vicio en los pobres. En la Edad Media era privilegio de la nobleza; hoy lo es de los ricos.

Nordau concluye diciendo que no hay más que dos caminos para salir del intolerable estado presente: ó atrás ó adelante. O retroceder al pasado ó aceptar los modernos descubrimientos, las ideas nuevas, someter a la razón natural y científica todas las leyes y sólo conservar las que salgan incólumes de este examen. Nordau se decide por lo último. El sofisma sobre que se funda, tan ingenioso como pueril, no necesita refutación, y de seguro, a no ser por el agudo, ingenio y el brillante estilo del autor, la obra no hubiera alcanzado éxito tan lisonjero.

BALADAS AMERICANAS

POR

LUIS RICARDO FORS

QUICHÉ

(De una tradición centro-americana)

En un principio, los elementos combatieron entre sí: las estrellas se apagaron y el mundo hervía con estruendo dentro de sus entrañas.

Después siguió el reposo.

Entonces apareció Famagostad, y su amor inflamó el corazón de Zipaltonal, la diosa de los resplandores y perfumes.

Y Famagostad y Zipaltonal se estremecieron de placer.

La luz de sus ojos alumbró la tierra: embelleció los espacios que están sobre la tierra: dió transparencia y color a todas las aguas que se agitan debajo de los espacios.

Y Famagostad y Zipallonal fueron los primeros dioses: de su amor salieron los hombres de todas las tribus que poblaban la tierra.

Cada tribu tuvo su caudillo; y los caudillos se congregaron; y los pueblos aprendieron a edificar templos a los Grandes Espíritus y moradas para la paz y seguridad de las familias.

Así tuvo origen el pueblo que obedecía a Valum-Votam. Y Valum-Votam el grande, levantó Culhuacan la ciudad de los dioses por su magnificencia y poderío.

Peró Valum-Votam acabó sus días sobre la tierra y pasó a los cielos de los escocidos por Famagostad y Zipallonal.

Su pueblo fué exterminado por las tultecas que visieron de las aguas del lado del sol.

Entonces los Grandes Espíritus azotaron a todos los hombres, azotándolos con soplos de su poder. Y la tierra se cubrió de cadáveres que esparcían la muerte en alas de los vientos (*).

El imperio tulteca quedó aniquilado.

Sus tribus buscaron refugio en el país de las montañas humeantes (**), y se aproximaron a las tierras de los descendientes de Valum-Votam.

Entonces Famagostad y Zipallonal ordenaron a los caudillos de todos ellos que se reunieran en una sola comarca.

Y ellos se juntaron y establecieron en el reino de Quinché. Y Quinché fué grande y poderoso.

De su seno salieron naciones conquistadoras; y dentro de sus fronteras vivieron unidos los hombres de la raza vieja y los hombres de la raza nueva, para el gobierno y la guerra.

Quiché tuvo reyes magnánimos y sabios como Chignavincelut, que hicieron libros e imágenes humanas (**).

Tuvo templos suntuosos que no podían recorrerse en seis lunas; y figuras de los Grandes dioses, cuyas frentes de oro llegaban a las nubes; y tesoros en que no era posible contar las cargas de xiquipiles de cacao.

Y el xiquipil tenía veinte conque; y el conque cuatrocientas almendras del sabor más exquisito (**).

Los hombres de Quiché han sido escogidos por Famagostad y Zipallonal para la unión de las grandes tribus.

Los Dioses superiores lo han escrito:

«En la hermosa tierra de Quiché, entre las aguas en que nace el sol y las aguas en que el sol muere, se miran todos los pueblos.

»Y el fuego que abrasa las cavernas de la tierra de los cerros humeantes, inflamará la frente y el corazón de los hombres que habitan arriba y abajo de las fronteras de Quiché.

«Cuando ya no existirá memoria de Quiché, todas las tribus serán una sola tribu.

»Y todas las tierras, una sola tierra.

»Y todas las grandezas, una grandeza sola: y todo hombre un Dios.»

HUYA - INTI

(Episodio boliviano)

El cerro de San Sebastian está empapado en sangre.

Sus piedras se hallan húmedas aún, las raíces de sus higueras y nogales siguen enrojecidas todavía; las aguas de sus arroyos corren sanguinolentas.

Huid de estos lugares: apartaos del cerro de San Sebastian. En sus alturas palpán las carnes del Héroe (*).

Oíeis decir que soy la loca del Cerro; y no estoy loca.

Os dirán que el Héroe ha muerto; y el Héroe vive todavía en mi espíritu.

Dará fe de que el Vencedor ha caído para siempre; y el Vencedor se alzará de nuevo inflamando el corazón de los que han de romper sus ligaduras.

No soy la loca del Cerro. Soy la imagen de la justicia y de las represalias.

No me falta la razón. Soy la razón de los oprimidos y de los débiles.

Yo soy Huya-Inti (**), la virgen más pura de la raza aimará.

El Héroe me dió la vida; soy la hija de Alejo, el vencedor de Cochabamba.

El día del triunfo besé su rostro resplandeciente de gloria.

(*) La peste del año 1502 despobló la América y la Europa, y sus horrores se hallan comprobados a la vez por los anales europeos y por las tradiciones del Nuevo-Mundo.

(**) Los aborígenas americanos debieron llamar así al país comprendido hoy entre los dos mares, de Guatemala a Panamá por ser el más abundante en volcanes. A esto sin duda es debido que algunos de estos se denominaran Masaya y Popocatepetl, nombres que en las diversas lenguas de los Choroteganos significan *cerro humeante*.

(***) Muchos de aquellos libros de papel grueso y gris, fabricados con fibras vegetales ó con pieles, y que eran de una sola tira de 12 palmas de largo, y uno de ancho, doblada en 12 ó en 24 pliegos y pintada por ambos lados, fueron recogidos por el P. Bobadilla y quemados en el año 1524 en la plaza de Managua, sin echar de ver el inestimable valor arqueológico que destruían de consuno el fanatismo católico y la ignorancia, tantas veces hermanados en la historia. A la vez se quemaron muchos mapas, pinturas históricas y religiosas, zodiacos, calendarios y otros inapreciables documentos.

(****) Moneda de la época.

Entonces los hombres del otro lado del mar doblaban la rodilla a su presencia.

El día de la traición siguió sus pasos, empapando con mis lágrimas el camino del martirio. Entonces los verdugos le arrastraban cargado de cadenas.

Su postrer mirada fué para Huya-Inti. La virgen aimará recibió de aquélla el testamento del Héroe.

Cumplió con la patria y con la raza de los aimarás.

Puma-Kari, el que engendró a mi madre, murió a su lado. Atoj, el valiente, el hijo de Puma, abandonó la vida delante de él (***).

Los mejores de nuestra tribu fueron sombra de las plantas gloriosas del Héroe.

¡Un est. victorial!

Al triunfo siguió la alevosía; a la gloria la venganza; a la vida la muerte: el Vencedor fué traicionado y los corregidores de Cochabamba siguen viniendo del otro lado del mar.

El que engendró mis días fué sacrificado y su cuerpo escarnecido.

El verdugo despedazó sus carnes. Cada uno de sus miembros fué esparcido en las cumbres de San Sebastian.

Huya-Inti los ha contemplado con desavoridos ojos; la virgen aimará los ha bañado con lágrimas de fuego; la hija del Héroe los ha besado con labios de fiebre.

Desde entonces me llaman la Loca del Cerro.

Y la Loca del Cerro guarda desde aquel día el testamento de la víctima entre el calor de su sangre y los relámpagos de su espíritu.

La última mirada del Héroe fué un mandato de morir por la libertad y por la patria.

Huya-Inti, la virgen aimará, la pobre Loca, repite al pueblo esclavo el legado de un mártir.

¡Morir por la libertad y por la patria!

Así nacen los Héroes y las Naciones.

LOS HIJOS DEL CASTOR

(Tradición del Bajo Mackenzie)

Entre las olas de Occidente se alzaba la Isla Grande.

Era la isla de la vida y de los misterios.

Allí puso el Grande Espíritu al Castor industrial que habitó las selvas perfumadas y las aguas transparentes.

Y el Castor amasó un día el barro prodigioso, y de aquella masa salieron dos hermanos.

Aquellos hermanos fueron los hijos del Castor.

Y los hijos del Castor fueron los primeros hombres que tuvieron vida debajo del sol y de todas las lunas.

En un principio gozaron días de paz; pero más tarde, por la codicia se olvidaron de su origen y se hicieron enemigos. Primeramente vivieron felices y unidos en la Isla Grande.

Después pasaron a la Tierra Firme de este lado de las aguas y empezaron la caza de los ptarmiganes (***).

Para el fruto de sus correrías despertó su codicia y disputaron.

Su furor creció hasta arrancarse la caza de las manos y herirse uno a otro.

Entonces los hijos del Castor se separaron.

Cada uno de los hermanos fué a establecerse a tierras diferentes, que estuviesen a muchas lunas de distancia y con muchas olas de por medio.

Un hermano fué padre de los Tchiglits (****).

Y otro hermano fué padre de los Blancos.

Así fué el origen de todos los hombres y de todos los odios y maldades que separan a los hombres.

REVISTA DE MADRID

Es seguro que el que vaya a poner un modelo de hombres desgraciados se acordará sin duda alguna de un infeliz que el otro día entró en el Ministerio de la Gobernación, subió reposadamente la ancha escalera, se quitó el sombrero y el gabán y agarrándose a la barandilla se tiró al suelo y dejó la vida en el porrazo. Cuando acudió la gente estaba muerto. Murió

(*) Alude a Alejo Calatayud levantado en armas en la ciudad de Cochabamba el 29 de Noviembre de 1730. Después de triunfar y de pactar entre otras cosas, que los corregidores fuesen americanos y no europeos, se le aprisionó, ejecutándolo enseguida y colgando sus miembros en el inmediato cerro de San Sebastian, para escarmiento de los indígenas.

(**) En la lengua quichua de los indios aimarás, *huya* es cara, é *inti* sol. *Huya-Inti*, cara de sol.

(***) En lengua quichua, *puma*, es león, *kari*, hombre, *Puma-Kari*, el hombre-león. *Atoj*, significa zorro.

(****) Aves palmípedas de las regiones árticas. Según testimonio del misionero Petiot, la tradición en lengua esquimal dice: *Ilaming nun akéangnyn akridjigili-orklutik*.

(*****) Esquimales.

sin hablar, sin disculpar el hecho censurable, sin preocuparse del qué dirán, sin importársele un ardite lo que de él y de su determinación pensarían sus contemporáneos. Se le encomendaron diez céntimos en el bolsillo, y de aquí se vino en deducción de que era un pobre, y se achacó el suicidio a la miseria, contra el parecer de algunos otros miserables que creen que un hombre que tiene diez céntimos no debe abandonarse a la desesperación, porque cuenta con la esperanza en forma de panecillo. Un distinguido cronista madrileño dijo que aquella última moneda la llevaba el suicida para pagar su viaje a Caron, y los inteligentes en asuntos mitológicos vieron la lúgubre barca pasar y repasar la Stigia llevando a su bordo al desconocido. Sólo por el hecho de matarse puede decirse que era un desgraciado; más tarde alguien ha ahogado en la vida de ese hombre y se ha visto que era más desgraciado todavía.

Figúrase que tenía mala suerte, muy mala; nada le salía bien. Era uno de esos hombres que creen que ponerse ellos a hacer gorros es el medio más expedito para que nazcan los muchachos sin cabeza. No quedaba una ilusión en su mente, una esperanza en su corazón. Dudaba de todo, menos de la persistencia de su negra fortuna. Toda la vida pasada en común parecía darle motivo a creer en la fidelidad de esa triste maga, inseparable compañera de los que lloran y padecen.

Pues bien, este hombre tuvo un día un mal pensamiento... El que no haya sufrido el hombre que tira la primera piedra. Había comprado un décimo de la lotería, ¡oh! ¡oh! a quien todo salía bien, prueba viviente de que la fortuna es un mito, idealidad de algunos locos; había comprado un décimo de la lotería, digo y arrepentido a poco empezó a dar parte en la exigua cantidad que había echado a la suerte. Encontró uno que le comprara por un puñado de cuartos un puñado de ilusiones; buscó otro y lo halló también; otro y no tardó en encontrarlo, y la víspera del sorteo sumó las partes y vio que había vendido más partes del billete que las que podía dar la exigua suma que arriesgó días antes. Otro se hubiera asustado. El no se asustó. ¡Bah! El número no había de salir premiado. Tocarle a él la lotería fuera un sarcasmo horrible, una mueca del destino, una inconsecuencia de la fortuna. Podía estar tranquilo. No había cuidado.

Pero el infeliz no pensó que, en su situación, la desgracia verdadera es que su número saliese premiado. A haber jugado él sólo, el número habría permanecido quieto y sossegado en el bumbo; pero salir ahora significaba el apuro, la deshonra, la muerte quizá, y su mala suerte no se desmintió, y el billete obtuvo el tercer premio. Obligado a dar su parte de ganancia a todos los que llevaban parte en el billete, el hombre e aquel se dió por vencido, dejó de resistir, y se abrazó a su mala suerte, y abrazado a ella fué a la Puerta del Sol, abrazado a ella se tiró desde la escalera, abrazado a ella rebotó como una masa informe sobre el enlosado del Ministerio. Es de creer que Caron haya tenido lástima de él y le habrá perdonado el pase de la lúgubre laguna. Un hombre tan desgraciado tiene derecho a irse de balde a los infiernos.

.

Como vera el lector, ya hablamos de suicidios, no obstante el compromiso contraído por la prensa no hace mucho. Era imposible que no fuera así. Hay que conocer la índole del moderno *reportage* para comprender la imposibilidad de cumplir pactos de tal naturaleza. El *reporter* no es un hombre, sino un *reporter*. Va a todas partes, sin que ninguna consideración le detenga. Si es tímido como particular, como *reporter* tiene que ser osado. Hay que penetrar en el palacio, y él penetra. Hace falta bajar a una alcantarilla para ver los vestigios de un escalo, y baja. Es preciso subir a un tejado para seguir las huellas de un incendio, y sube. La indiscreción es su gloria. El preguntará al primero que se le acerque una porción de interioridades de su vida privada, si cree que estas interioridades interesan a los lectores, y al otro día no sería capaz de preguntarle qué hora es; él pedirá a un hombre político su programa, a un literato su pensamiento, para enseguida contárselo al público, y es probable que ni a uno ni otro les pida luego lumbre para encender con ella su cigarro. Sigue a los genios, a los poderosos, a los ricos, y para hablar de una revolución asiste a una barricada, para narrar un motín va a un cuartel, para describir un combate acude al campo de batalla. Nada le asusta, nada le detiene. Le importa poco no dormir. Salta con ligereza inexplicable del vagón de un tren a la cubierta de un buque del buzón de un correo al hilo de una estación telégráfica. Por la noticia se hace mártir, después de hacerse confesor. Por la noticia entra en la iglesia, si es ateo; va al club, si es reaccionario; oye a Cánovas, si es demagogo; escucha a Morayta, si es clerical. Por la noticia se expone a que un guardia de O. P. le pegue un sablazo, y otro le lleve a la prevención y otro le mande a presidio. Por la noticia va al Congreso, y oye impávido la discusión de presupuestos. Es la víctima de la noticia. La noticia es para él lo que la ciencia para el sábio, y el aplauso para el orador y la gloria para el poeta; su amor, su musa, su compañera de los malos días, su querida de las horas felices la huri de sus sueños, la que le dió en su posesión un adelantado de las dichas paradisíacas que esperan en el otro mundo a los que han amado y a los que han tenido fe.

Decirle que no cuente lo que Dios sabe a qué costa ha conseguido saber, obligarle a que calle lo que ha descubierto a precio de muchos malos ratos, de muchos paseos, de muchas indiscreciones, es matarle: es decir, al cerebro: no pienses; a la lengua, no hables; al corazón, no palpites; es conde-

narle al suplicio de Tántalo, que tiene hambre, vé manjares sabrosos y no puede comer, y tiene sed, vé agua cristalina y no puede llevar á ella los labios. En este concepto el hachero del rey Midas fué el primer *reporter* del mundo. Podrá comprometerse á callar, pero la tentación será más fuerte que la voluntad misma, se le impondrá, y el mejor día romperá su compromiso. La culpa no será suya, sino del que haya querido aprisionar un raudal de agua en una cesta de mimbrés.

Cuando se publicó el acuerdo de la prensa deferente á las invitaciones del gobernador de la provincia, pocos hubo que le creyeran definitivo, ménos aún que lo conceptuasen provechoso. Y en efecto, los desesperados siguen matándose como antes, y los periódicos han acabado por romper el obstáculo que les impedía hablar.

Y es que entre todas las cosas abiertas á la pública especulación, ninguna más tentadora que un suicidio. Detrás de cada hombre con la cabeza abierta, detrás de cada mujer despedazada, hay una historia que unas veces conmueve, otras repugna, pero interesa siempre. Un suicidio es un drama en el que el suicida hace de protagonista. Antes de decidirse á morir, antes de renunciar á esta vida que solo es vida por lo que tiene de lucha, de contradicción, de afán, este hombre, esta mujer, han sufrido tormentos de condena, han perdido una á una sus esperanzas, sus ilusiones, aun las más pequeñas; se han dicho que naca tenían ya que hacer aquí, que quizá en otro mundo fueran felices; han perdido creencia á creencia la fe que en sus primeros años les inculcó su madre e n besos que no eran sino oraciones y en oraciones que no eran sino besos; el velo, negro extendido por sus hijos, ha cubierto el altar ante el cual se arrodillaron tantas veces ocultando el rostro venerable de su Dios. El mundo les parece un árido desierto; para ellos el cielo está vacío. No hay tras esa bóveda que la luz inunda durante el día y por la noche abri llanta las estrellas, no hay ángeles de blancas alas, ni bienaventurados que buscan mística corona, no hay sino silencio y soledad; un páramo que no repite ni la queja de sus dolores, ni la blasfemia de su desesperación. Suicidio es sinónimo de falta de fe, de falta de amor, de falta de esperanza. Un suicida es una gran ruina de todo lo que en el hombre es grande y poderoso; un universo desquiciado, un mundo muerto, algo así como la luna, sepulcro hecho pedazos de un astro que otro tiempo habitó la vida, y hoy rueda por los espacios indefinidos sin mas luz que la que el sol le presta para alumbrar su soledad. Acercarse á uno de esos cadáveres tendidos es el arroyo, seguirlos al hospital, pedir á los que vivieron con ellos noticias de sus ideas, de su modo de ser y de su modo de pensar, poder reconstruir la historia pesada, asistir á la representación del drama conocido ya su fúnebre desenlace, es uno de los goces del *reporter*; pero á condición de que ha de contar al público el secreto. Decidle que tiene que callarle y no querrá saber nada. Negad los materiales al artista para que produzca obras de génio, mas no se los deis para negarle luego público que le ensalze ó la deprime, pero que se ocupe en él y en su obra.

Así que ha sucedido lo que era lógico, fatal, ineludible. En cuanto uno se ha atrevido á hablar, todos han imitado su conducta. Y la crónica madrileña registra en sus anales, á más del citado mas arriba, dos suicidios ocurridos entre otros muchos, durante la última quincena.

Hay en estos suicidios un hecho que reclama la atención del pensador, y es la condicion social de los suicidas. Sucede con esto lo propio que con las grandes pasiones en la vida del teatro. Primero se creyó que solo los grandes personajes eran susceptibles de sentirlos; luego se las extendió á la clase media; ahora empieza á reconocerse que tambien se desarrollan en el pueblo. En un principio, el lugar de la acción era el templo ó la plaza pública; despues fué una casa particular; hoy lo es ya el lavadero del *Assommoir*. Entonces los personajes se llamaban Júpiter, Mercurio, Prometeo, Edipo, y luchaban con la fatalidad; luego se llamaron Hamlet, D. Alvaro, Manrique, Yorick, y lucharon con sus quimeras; hoy se llaman y se vapulean de lo lindo, y se insultan con calificativos de plazuela. La ley de la evolución se cumple, el progreso se realiza. Hace pocos meses notábamos ya el hecho á que hoy traemos nuevos datos. Los dos suicidas son un carbonero y un sereno. El pueblo que ha invadido todas las esferas de la vida, invade tambien las de la muerte, y se suicida.

Triste suicidio el del sereno, obligado á pasar toda la noche en la calle, sin calma para entregarse por completo á pensar en sus desgracias. Quizá fué esa la única noche que cumplió á conciencia con su deber, la única en que no durmió. Sentado en el quicio de alguna puerta, con la cabeza entre las uñas, el chuzo arrimado á la pared, iluminado por la luz mística del descuidado farolillo. Las voces de los que le llamaban venían á sacarle de su abstracción. Iba, abría las puertas, las cerraba de golpe y, sin duda, al cerrarla se despedía mentalmente de sus parroquianos. «Mañana—pensaría—mañana vendreis como hoy, pero no acudiré á vuestro llamamiento. ¡Quién sabe á qué puerta estaré yo llamando á esa misma hora! ¡Quién sabe si, como nosotros, encontrare yo alguno que me responda?» Y luego, cuando brilló la luz y

vió la aurora de su último día fué á su casa, cegió una navaja y empezó á darse tajos y reveses.

El suicidio del carbonero es más dramático: es la tragedia de Shakspeare desenlazada más á la moderna. Amaba y tenía celos. Dió una cita á su novia y la disparó un tiro para que no le engañase más. Enseguida volvió la pistola contra si y cayó junto á ella, temeroso sin duda de que el alma de su novia fuese sola y sin la compañía de la suya por los desiertos estelares. Antes Otelo mataba; ahora mata y muere: es más lógico.

Dejemos descansar á los que para dormir más á sus anchas cerraron sus ojos encargando que lo se les despertase. Si la vida acaba en el planeta, si es sólo ilusión lo que en nuestro interior parece gritarnos una voz apenas perceptible, si el hombre es polvo nada más, que del polvo sale y al polvo vuelve, esos desesperados consiguieron lo que al morir se proponían. Si, por el contrario, la vida del hombre no se ciñe á este bajo mundo, si en medio de sus delicias y errores las religiones positivas encierran alguna verdad, esos seres no habrán adelantado mucho, y creyendo despertar en la estación de partida habrán despertado en otra cualquiera del tránsito, y siguen su viaje eterno.

De un modo ú otro, la paz sea con ellos.

Y con nosotros.

Es cosa verdaderamente de admirar en esta abatida España donde el espíritu de asociación está tan decaído que apenas si puede dársele carta de naturaleza, la gran unidad de miras que en todas partes se revela cuando se trata de hacer una cosa inútil ó perjudicial. Los más grandes cambios pueden verificarse en esta sociedad gastada, pueden los gobiernos atreverse á todo, aun á aquello que en los demás países se admira y considera; puede atacarse la ilustración del pueblo, la cultura, pueden los productores elevar el precio de sus productos, puede el ministro de Fomento dar al traste, de una plumada, con todo un plan de enseñanza, puede un gobernador cometer desmanes; España no se conmoverá, la opinión permanece inalterable si acaso se queja, pero sus quejidos son el débil ay de la mujer, que se apaga en el aire no bien suena, no el grito indignado del varón, precursor de una tempestad. Pero que se toque más ó ménos á intereses problemáticos y derechos por nadie reconocidos de tal ó cual capitalista; que trate un pobre empresario de elevar el precio de las localidades en un teatro suyo, exclusivamente suyo; que un hombre emprendedor plantee cualquier industria cuyos resultados producirá frutos de prosperidad al país, y entonces serán las cábelas, los cabileos, las reuniones; entonces serán las influencias, las idas y venidas que matan en germen toda idea provechosa, y hacen infecundo el terreno en que se la depositó.

Esto sucede ahora con los suministros militares. Ocurriósele al general Salamanca la idea de aliviar un tanto la suerte de las familias del ejército—idea que daba por resultado que el oficial obtuviera una disminución en sus gastos, ya que la situación del Tesoro no permite darle un aumento en sus ingresos.—Exponiendo su cuantiosa fortuna, saliendo garante del éxito de la empresa que se proponía, logra á fuerza de fuerzas poner en práctica su pensamiento. Las familias militares agradecen lo que hace en su obsequio. Todo parece que va bien... Pero no, empieza enseguida á manifestarse el espíritu de asociación para hacer mal ó para impedir el bien, único en que los españoles lo empleamos; júntanse los productores y todos á una reconocen que el mundo está á un dedo del abismo si no se pone coto á los planes del entendido director de Administración Militar.

En cualquier país civilizado, ver que las factorías militares pueden dar el pan de primera á 28 céntimos el kilo cuando en las tabonas cuesta á 40 ó 44, hubiera levantado un movimiento general de indignación; todo el mundo se hubiera puesto á investigar la causa de ese aumento colosal. Porque la cosa vale la pena de pensar en ello, aquí donde hay tantos obreros sin trabajo, tantas familias que no pueden comer más que pan, y ese malo, escaso, falto de peso. En cualquier país civilizado la protesta contra los tahoneros hubiera sido inmediata. Aquí no; aquí se hace la protesta, pero no es contra el que abusa, sino contra el que obra noble y lealmente. Aquí no se unen los pobres, los desgraciados pidiendo que á ellos tambien se les dé el pan al precio que pueda dárselos; aquí se juntan los proveedores para impedir que el pensamiento benéfico prospere, que los que abusan sigan abusando, que los explotados sigan siéndolo, y eso sin murmurar, sin decir nada, sin exhalar una queja.

Porque parece que los proveedores tienen derecho á enriquecerse á costa del hambre de los pobres; parece que el comercio ha adquirido plenos poderes para que nadie se atreva á alzar contra él un grito; parece que sus intereses son sagrados. Y el pueblo que no come, no trabaja, que no puede cubrir sus necesidades, no tiene derecho sino á ver á sus hijos débiles y enfermizos por falta de alimento, y á sus padres achacosos y moribundos por falta de cuidados.—Necesito diez panes—puede decir un obrero—y á 28 céntimos los puedo comprar, pero á 44 he de comprar ménos y tengo hambre.—No importa, le responde el proveedor, yo tengo derecho á haerme rico en poco tiempo; come ménos, trabaja más, m úrete antes. Yo necesito ser capitalista, diputado.—El hijo

del jornalero, la mujer del soldado, caen en cama. Las medicinas cuestan mucho y no puede comprarlas. Tal bebida recetada por el médico tiene de coste un real, y un real puede él gastarlo; pero el boticario pide ocho reales, y esta cantidad ya no la tiene, y no compra la medicina.—No importa, añade el boticario, yo no puedo contentarme con ganar el 100 por 100, ni el 200 por 100, tengo que ganar el 800 por 100, y es atentar á mis intereses el rebajar un céntimo del precio que yo pongo á esa mistura, y mis intereses son los intereses del Estado.—Porque aquí el que más y el que ménos repite, creyéndola suya, la frase de Luis XIV. Y todos se unen contra el pobre. Y nadie levanta la voz en su favor; nadie dice:—«Lo que el general Salamanca hace por el Soldado, lo hago yo por el trabajador. No. Somos una raza condenada á no poder hacer el bien, á ser instrumentos inconscientes del mal.

¿Qué es eso? ¿A dónde se va por ese camino, verdadero camino de perdición? ¿Quiere inculcarse á los pobres el sentimiento de que la ley, el derecho mandan que ellos se mueran de hambre para que un día ellos hagan tabla rasa del derecho y la ley que tan enemigos se les muestran? Si, hay que decirlo, y decirlo en voz muy alta: los desgraciados tienen hambre, hambre de pan, hambre de justicia, y es conveniente dárselos de buen grado para que mañana no se lo tomen á la fuerza.

Esas reuniones de contribuyentes, esas reuniones de ricos, deben tener por objeto mejorar la condicion de los obreros, no asegurar la impunidad á los que vilmente le explotan. Y deben tambien cuidarse de no emplear palabras de desden cuando hablan de los que no son ricos como ellos; deben no decir que al ejército se le ha comprado con un mendrugo... ¡Un mendrugo! Cuando ese mendrugo calma el lloro del hijo hambriento, y repone las fuerzas exhaustas del trabajador ó del soldado, un mendrugo es sagrado; va e más que todos los intereses de los ricos y de los poderosos. Cualquiera diría que los que hablan así nacieron en la posición que hoy ocupan. ¡Para cuántos de ellos, hace algunos años, representaría la fortuna de un rey ese mismo mendrugo de pan que hoy juzgan tan desprovisto de valor!

L. GINER ARIVAU.

BANCO HIPOTECARIO

DE ESPAÑA

Préstamos á largo plazo al 6 por 100
en metálico

El Banco Hipotecario hace actualmente y hasta nuevo aviso sus préstamos al 6 por 100 de interés en efectivo.

Estos préstamos se hacen de 5 á 50 años con primera hipoteca sobre fincas rústicas y urbanas, dando hasta el 50 por 100 de su valor, exceptuando los olivares, viñas y arbolados, sobre lo que sólo presta la tercera parte de su valor.

Terminadas las cincuenta anualidades, ó las que se hayan pactado, queda la fincalibre para el propietario, sin necesidad de ningún gasto ni tener entonces que reembolsar parte alguna del capital.

Préstamos á corto plazo

Además de estos préstamos hipotecarios, abre créditos para el fomento de la Agricultura y construcción de edificios.

Cédulas hipotecarias

En representación de los préstamos realizados, el Banco emite cédulas hipotecarias. Estos títulos tienen la garantía especial de todas las fincas hipotecadas al Banco y la subsidiaria del capital de la Sociedad. Son amortizables á la par en 50 años.—Los intereses se pagan semestralmente, en 1.º de Abril y en 1.º de Octubre, en Madrid y en las capitales de provincias.—Los que deseen adquirir dichas cédulas, podrán dirigirse: en Madrid, directamente á las oficinas del Banco Hipotecario, ó por medio de agente de Bolsa; y en provincias, á los comisionados de dicho Banco.

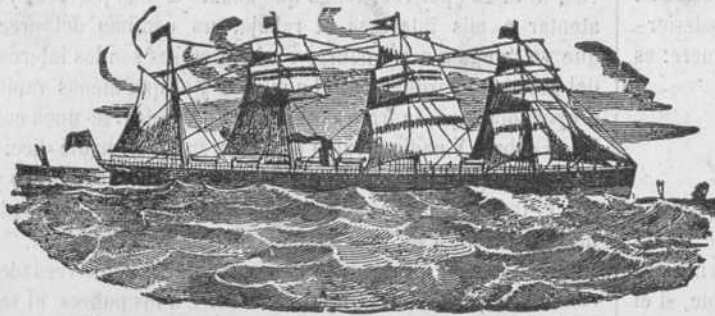
MADRID

Imp. de EL PROGRESO

á cargo de B. Lanchares, Salas, 2, duplicado

1884

ANUNCIOS



SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA

DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS A PUERTO RICO Y HABANA

con escalas y extension a

S PALMAS, PUERTOS DE LAS ANTILLAS, VERACRUZ Y PACIFICO

Salidas trimensuales de Barcelona, el 5; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes; para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander, el 20, y Coruña, el 21; para Puerto-Rico y Habana. Barcelona, el 25; Málaga, el 27, y Cádiz, el 30; para Puerto-Rico, con extension a Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extension a Santiago, Gibara y Naveitas, así como a La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla; Cartagena, Colon y puertos del Pacifico, hacia Norte y Sud del Istmo.

Viajes del mes de Diciembre

El 10, de Cádiz el vapor *Habana*.
El 20, de Santander el vapor *Ciudad de Cádiz*.
El 30, de Cádiz el vapor *Ciudad de Condal*.

VAPORES-CORREOS A MANILA CON ESCALAS

EN PORT-SAID, ADEN Y SINGAPORE, Y SERVICIO A ILOILO Y CEBU

Salidas mensuales de Liverpool, 13; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º fijamente de cada mes.

El vapor *Reina Mercedes* saldrá de Barcelona el 1.º de Enero de 1885

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja a familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila a precios especiales para emigrantes de clase artesana o jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

BARCELONA.—La Compañía Transatlántica y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.
CADIZ.—Delegación de la Compañía Transatlántica.
MADRID.—D. Julian Moreno, Alcalá.
LIVERPOOL.—Sres. Larrinaga y Compañía.
SANTANDER.—Angel B. Perez y Compañía.
CORUÑA.—D. E. da Guarda.
VIGO.—D. R. Carreras Irigorri.
CARTAGENA.—Bosch hermanos.
VALENCIA.—Dart y Compañía.
MANILA.—Sr. Administrador general de la Compañía general de tabacos.

COLON EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada, bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS.

Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados, 1, administrador de la obra.

ALHAJAS Y RELOJES

en oro y plata de ley, con verdadera garantía: precios en competencia. Taller de composuras.

Sanchez.—Carretas, 22, tienda

LOS RELOJES DE LOSADA

muy conocidos

por su inmejorable construcción

siguen vendiéndose

CALLE DE LA MONTERA, 23



PRIMERA CASA EN ESPAÑA

GRAN FÁBRICA DE CORSÉS

CORAZAS Y CORSÉS FAJAS
DE

FAUSTO ALDECOA

Calle Imperial, 8

Esquina a la de Botoneras

Madrid

Esta acreditada casa tiene siempre fabricado doce mil corsés en raso, satines, cuties, peles y driles.

Especialidad en los corsés-fajas para disminuir el vientre, desde 8 pesetas en adelante.

DENTICINA INFALIBLE

Lo saben todas las madres. Ni un sólo niño muere de la dentición, pues los salva aun en la agonia, brotan fuertes dentaduras, reaparece la baba, extingue diarrea y accidentes, robustece a los niños y los desencanija. Una caja, 12 rs., que remite por 14 el autor P. F. Izquierdo, Madrid, Pontejos, 6, botica, y en todas las boticas y droguerías de España.

Capsulas de Sulfato de Quinina de PELLETIER O de las Tres Marcas

A petición del cuerpo médico y en presencia de las falsificaciones que de continuo se producen y que el público se halla en la imposibilidad de reconocer, los Sres ARMET DE LISLE y C^{ia}, sucesores de Pelletier, inventor del Sulfato de Quinina, acaban de añadir a su fabricación la de pequeñas cápsulas redondas, delgadas, transparentes, de una conservación indefinida, que suprimen la amargura de la quinina, no se endurecen como las píldoras y grageas, se disuelven rápidamente en el estómago y contienen 10 centigramos de Sulfato de Quinina puro.

Las Cápsulas de Sulfato de Quinina de Pelletier curan con éxito las jaquecas y nevralgias las calenturas intermitentes y palúdicas; es el medicamento más enérgico que se conoce en las fiebres perniciosas y tifoideas, en las enfermedades del bazo y del hígado; es el tipo de los tónicos propiamente dichos; modera la transpiración, combate los sudores nocturnos y da a los órganos digestivos una energía que se comunica a todo el cuerpo y le permite resistir a la fatiga, las epidemias y las emanaciones perniciosas.

Depósito en PARIS, 8, Rue Vivienne
Y EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

JARABE DE RÁBANO IODADO

De GRIMAULT y C^{ia}, Farmacéuticos en Paris

Desde hace veinte años este medicamento da los resultados más notables en las enfermedades de la infancia, reemplazando de una manera muy ventajosa el aceite de hígado de bacalao, el jarabe antiescorbútico y el yoduro de hierro.

Es un remedio soberano contra los **Infartos é Inflammaciones de las glándulas del cuello**, el usagre y todas las erupciones de la piel, de la cabeza y de la cara; excita el apetito, tonifica los tejidos, combate la palidez y la flojedad de las carnes y devuelve a los niños el vigor y la vivacidad naturales. Es un admirable medicamento contra las **costras de leche**, y un **excelente depurativo**.

IMPORTANTE: Los admirables efectos de este medicamento, consagrando su aceptación, han provocado numerosas falsificaciones é imitaciones sin valor alguno. Para obtener el legítimo y eficaz Jarabe de Rábano iodado, exijase en cada frasco la marca de fábrica, el sello azul y la firma de GRIMAULT y C^{ia}, además grabada en el vidrio.

Depósito: 8, Rue Vivienne y en las principales Farmacias y Droguerías

Diccionario

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO

DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

por

DON NICOLAS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá a luz por cuadernos de 10 páginas, en folio español a dos columnas, buen papel y esmerada impresión. Ira ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 3, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 a 70 cuadernos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Perez y Boix, Madrid, Manzana, 21; y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol, 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2; Murillo Alcalá y D. Leocadio Lopez, Carmen, 13.

TURRONES

De V. C., proveedor de la R. C., condecorado con la cruz de Isabel la Católica. Carrera de San Jerónimo 1, junto al café Imperial, el mismo de los años anteriores. No confundirse que hay otro al lado.

RINCON, TAPICERO

Decoración, gusto y novedad en tapicería. Colgaduras y gabinetes, Muebles forrados de fantasía y capricho.

110—HORTALEZA—110
(Frente a San Anton)

DEBILIDAD

Impotencia y esterilidad

Curadas con el AFRODISIACO MARINO. Caja, 30 rs.; por correo, 34. Utilísimo a los matrimonios sin sucesión y a los estenuados por abusos ó prematura vejez. Correspondencia privada a Yarto Monzon. Ma-

Un matrimonio sin hijos desea colocarse de porteros u otra cosa análoga: él ha servido en el ejército y esta versado en contabilidad; ella sabe planchar y guisar. Informarán Tesoro, 25, 2.º derecha.